

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# TENGO UN MILLÓN

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Tengo un millón”:  
Berta Muñoz.

TENGO UN MILLÓN  
COMEDIA EN DOS ACTOS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid,  
la noche del 10 de febrero de 1960 con el siguiente

## REPARTO

<i>Patricia</i> .....	MARÍA ASQUERINO
<i>Juanita</i> .....	MARÍA MAHOR
<i>Carolina</i> .....	PILAR SALA
<i>Purita</i> .....	GRACIA MORALES
<i>Marita</i> .....	AMPARO BARÓ
<i>Una Señora</i> .....	MAGDA ROGER
<i>Mateo</i> .....	ADOLFO MARSILLACH
<i>El Jefe</i> .....	ANTONIO QUEIPO
<i>El Pituso</i> .....	CARLOS LARRAÑAGA
<i>Roberto</i> .....	AGUSTÍN GONZÁLEZ

Decorado: REDONDELA

Dirección: ADOLFO MARSILLACH

## ACTO PRIMERO

**U**n cuarto de estar. Al fondo, en el centro, la puerta de la escalera. Cuando se abre deja ver el rellano que corresponde a este piso. A la izquierda de la puerta, en la misma pared del fondo, un gran armario antiguo de dos puertas. En la pared de la izquierda –derecha e izquierda siempre corresponden a las del espectador– dos puertas iguales. La primera da a una alcoba, la segunda comunica con el comedor. Entre estas dos puertas hay un piano vertical coronado de cachivaches. En la pared de la derecha, en primer término, puerta de entrada a la cocina. Más allá, formando chaflán con el fondo, una ventana al patio, con tiestos y flores. Una jaula con un pajarito. En primer término, hacia la derecha, una mesa camilla. En torno, un sillón y un par de sillas. Un teléfono sobre la mesa. Son aproximadamente las nueve de una noche de verano. La escena, al levantarse el telón, con las lámparas apagadas, está en sombras. Por la ventana penetra un gran rayo de luna. Una radio, baja de tono, en el patio, da las últimas notas de una melodía de moda. El pájaro rebulle en su jaula. Hay en el aire una intensa sensación de calor...

*(Cuando se levanta el telón, sentadas a un lado y otro de la mesa camilla, están Patricia y Purita. Patricia, un poco inclinada sobre la mesa, escribe en un cuaderno. Purita, frente al público, cose, cose y habla)*

PURITA.—El otro se llamaba Jerónimo... Le conocí en un baile. Pero no vaya a creer la señora. Un baile muy fino. De lo mejor. Solo iban chicas así, como yo. Lo malo eran ellos. Porque los hombres, ya se sabe, cuando son muy hombres... Jerónimo era el más delicado de todos. Un chico más romántico... Tenía un mirar y un... Dábamnos unos paseos... ¡Ay, madre, qué paseos! Porque a mí me gusta mucho andar, ¿sabe? Es que me chifla. Ando y ando y ando y se me pasa el tiempo sin sentir. Pero el pobre Jerónimo era muy poquita cosa. Y cuando apenas llevábamos un par de horas andando se ponía blanco, blanco y pegaba unos resoplidos. Un día se me extravió el pobrecito a la vuelta de una esquina y no le he vuelto a ver más... No sé por qué. Porque a mí me hacía ilusión. *(De pronto, ante el silencio de Patricia, se vuelve muy intrigada)* ¡Oiga! ¿Es que no me hace caso la señora?

PATRICIA.—Sí, mujer. Sigue...

PURITA.—Bueno. Después se me declaró Amador. ¡Qué hombre más raro! Ni se quería casar ni nada. Figúrese... *(Un pequeño silencio. Alza la cabeza y se queda mirando a Patricia atentamente)* ¡Oiga! ¿Puedo saber qué es lo que escribe la señora con tanto interés?

*(Patricia la mira, y sonrío)*

PATRICIA.—¿De veras quieres saberlo?

PURITA.—¡Ay, sí!

PATRICIA.—Pues escucha... *(Leyendo)* «Ya se ha hecho de noche. Hace calor. Esta tarde no he salido. A mi lado está Purita y me cuenta su cosas...».

*(Purita sonrío, agradablemente sorprendida)*

PURITA.—¡Anda! ¿De verdad me ha puesto ahí la señora?

PATRICIA.—Claro que sí...

PURITA.—¡Ay, madre! Entonces, ¿es que la señora lo apunta todo?

PATRICIA.—Casi todo. Desde que era una chiquilla. Es mi Diario, ¿comprendes?

PURITA.—¡Ah! ¿Y qué escribía la señora cuando era soltera como yo? Porque a mí se me pasa cada cosa por el pensamiento...

PATRICIA.—*(Sonriendo)* Pues, mira... Te leeré un día cualquiera. *(Busca en el «Diario»)* Aquí, aquí. *(Leyendo)* «Lunes, 15. Hoy me ha besado Mateo por primera vez. Después...» *(Una transición. Muy rápida, pasa la hoja)* Bueno. Esto no merece la pena...

PURITA.—*(Chasqueadísima)* ¡Ah! ¿No?

PATRICIA.—No, no. Mira. Otro día. *(Lee)* «Al fin, hemos encontrado piso. Ya nos podemos casar. Es un piso moderno, muy pequeñito, en un sitio magnífico...».

*(Inconscientemente, las dos miran en torno y luego se miran entre sí. Un silencio cortísimo)*

PURITA.—¿Ese piso es este...?

PATRICIA.—Sí...

PURITA.—Pues no me lo explico. Porque, vamos, eso de que está en buen sitio... Se anda media hora, se toma el autobús, se toma el tranvía, se toma el metro y ¡zas!, se planta una en la Puerta del Sol.

PATRICIA.—Mujer... No iba a poner todo eso en el «Diario»... ¿Comprendes?

PURITA.—¡Ah, vamos! Entonces, resulta que la señora pone ahí lo que quiere...

PATRICIA.—Bueno. Eso...

PURITA.—¡Ay, madre! Siga, siga la señora...

PATRICIA.—(*Hojeando el «Diario»*) Abril, mayo... junio. Todavía no nos habíamos casado. ¡Ah! (*Leyendo*) «Esta tarde, Mateo y yo hemos estado haciendo planes para el porvenir. Hechas todas las cuentas, y hasta con un poquito de exceso por si acaso, resulta que nos sobraré dinero todos los meses. Hasta podremos ahorrar para hacer de vez en cuando un viaje a París. Porque Mateo gana más que suficiente. Y además, él me dice que trabajará más y más y tendremos todo el dinero que nos haga falta...» (*Suena el timbre de la puerta de entrada. Patricia deja de leer súbitamente y se miran las dos. Un silencio*) ¿Quién será?

PURITA.—¿Pues quién va a ser? Alguna factura...

PATRICIA.—¡Oh!

PURITA.—El de los plazos de la lavadora. O el del recibo de la luz...

PURITA.—¡Ay! Di que no estoy... ¡Purita! Sea quien sea, di que no estoy.

PURITA.—Bueno. Por mí... Como mande. Pero si es el de la luz le va a sentar muy mal...

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío!

*(Patricia, presurosamente, entra en el comedor. Purita eleva los ojos al cielo, se santigua piadosamente, y con toda decisión avanza hacia la puerta de la escalera. Abre. Y en el rellano aparece Una señora. Es una señora muy de clase media, discretamente vestida. Purita, al verla, se alegra con toda el alma)*

PURITA.—¡Anda! Pero si es doña Fernandita... ¡Y nosotras que nos habíamos asustado!

*(La señora avanza con mucho aire, visiblemente enojada)*

UNA SEÑORA.—¿Está tu señora?

PURITA.—Sí, señora. En el comedor, para lo que guste la señora...

UNA SEÑORA.—Con que para lo que yo guste, ¿eh? Pues me va a oír. Te aseguro que me va a oír...

*(Y muy decidida entra en el comedor. Purita la sigue muy extrañada)*

PURITA.—¿Cómo? ¡Oiga! Pero, ¡oiga!

*(Entra tras ella. Queda la escena sola. A los pocos segundos, alguien, desde fuera, abre con la llave la puerta de la escalera. Y surge, mirando a un lado y a otro, Mateo. Un hombre de aspecto vulgar e inofensivo, vestido con desaliño. Es portador de un paquete, algo así como un pequeño saquito. Cierra la puerta con mucho cuidado de no hacer ruido, y, entre las sombras, sin encender la luz, como quien conoce bien el terreno, avanza hacia primer término. Mira otra vez aquí y allá como para asegurarse una vez más de que está solo, alza las faldas de la mesa camilla y, en el interior, debajo de la mesa, esconde el saquito, que queda oculto. Ordena cuidadosamente los pliegues de la camilla. Llega hasta la puerta de la cocina y llama a media voz)*

MATEO.—¡Patricia! ¡Patricia! *(Espera. Pero nadie contesta. Se dirige de puntillas a la puerta de la alcoba. Pero antes de que llegue, suena el teléfono que está sobre la mesa. Rápido, Mateo gira sobre sí mismo, toma el auricular y dice sencilla y enérgicamente:)* ¡No! *(Y cuelga. Se asoma por fin a la puerta de la alcoba y vuelve a llamar en voz baja:)* ¡Patricia! ¡Patricia! Soy yo, Mateo.

*(Espera. Tampoco obtiene respuesta en esta ocasión. Marcha hacia la segunda puerta de la izquierda –el comedor– en el preciso instante en que en el interior de la habitación que corresponde a esta entrada estalla el griterío que producen las tres mujeres, que discuten. Mateo, entonces, retrocede con viveza. Tiene unos segundos de indecisión... Pero sonrío como iluminado por una idea salvadora. Va al fondo, abre el armario y, decididamente, penetra en su interior, cerrando la puerta tras de sí. Queda la escena sola. Alguien enciende las luces. Y por la puerta del comedor, discutiendo, surgen en escena la Señora y Purita, seguidas de Patricia. La señora, furiosa, va directamente hacia la puerta de la escalera. Purita la sigue indignadísima. Patricia, mientras las otras dos discuten camino de la escalera, se sienta en el sillón, junto a la mesa camilla, secándose las lágrimas)*

UNA SEÑORA.—Lo digo y lo digo... Es una vergüenza. ¡Una vergüenza!

PURITA.—¡A la calle!

UNA SEÑORA.—¡Lo digo y lo digo! ¡Me han estafado! ¡Me han robado! ¡Me han estafado!

*(La Señora desaparece en el rellano de la escalera. Purita, de espaldas al público, se lanza a despedirla como un energúmeno)*

PURITA.—¡Oiga! Que aquí ni se roba ni se engaña...

PATRICIA.—¡Purita! Por Dios, cállate...

PURITA.—So bruja, ordinaria, gorda. ¡Fea! Y ojalá tropiece usted en el entresuelo, que hay un peldaño roto y se ha fundido la luz... *(Escuchando)* ¡Huy! ¿No lo dije? Ya se ha caído...

PATRICIA.—¡Ay, Purita! ¡Qué sofoco!

PURITA.—La muy...

PATRICIA. ¡Cállate!

*(Purita se planta, en jarras, con una santísima indignación)*

PURITA.—¡Vamos! ¿Pues no dice que su niña no aprende música porque la señora no es buena profesora?

PATRICIA.—Pero si tiene muchísima razón...

PURITA.—¿Qué está diciendo la señora? ¡Madre mía! Pero si la señora toca el piano que da gloria oírla... Hay que ver cuando empieza con el «Ave María» cómo se asoman al patio todos los vecinos.<sup>1</sup>

PATRICIA.—¡Anda! Pero se asoman para decir que me calle...

PURITA.—¡Uno! El del quinto, que es un amargado...

PATRICIA.—¡Ay, Purita! *(Desconsoladísima)* La verdad es que toco muy mal. ¿Qué puedo enseñar yo, pobre de mí? Si me decidí a dar lecciones fue por esta necesidad tan grande que tenemos de un poco de dinero. Porque el sueldo de mi marido en el banco apenas llega para los primeros días de cada mes. Pero ya has visto... Es inútil. Acabo de perder la última alumna que me quedaba, y, además, su madre me ha insultado... *(Con muchísimo apuro)* ¿Qué va a ser de nosotros ahora? ¿Qué haré yo para conseguir unas pesetas todos los meses?

PURITA.—¡Oiga! ¿Por qué no da la señora lecciones de francés?

1 Son numerosas las composiciones musicales que a lo largo de la historia se han realizado sobre esta oración cuyo texto comienza con dos versos de las Escrituras (Lucas 1, 28 y 42), y concluye con una petición añadida en el siglo xv. La más popular de todas ellas es la del músico vienés Franz Schubert (1797-1828), a la que casi con seguridad se refiere el personaje de esta comedia. Schubert la compuso en 1825 y se trata de una música muy utilizada en ceremonias nupciales. A diferencia de otras composiciones así tituladas, la de Schubert no tiene un origen religioso, sino que parte de un *lied* basado en el poema épico de Walter Scott *La dama del lago*. Aunque popularmente se la conoce como el «Ave María», el título original de la composición es *La tercera canción de Ellen* (*Ellens Gesang III*. D. 839, op. 52 n.º 6).



PATRICIA.—¿Tú crees? (*Lo piensa. Pero, inmediatamente, reacciona muy asustada*)  
No, no... Lecciones, no. No se pueden dar lecciones de nada. (*Muy dolida*)  
Porque como la gente de ahora se empeña en aprender de verdad...

PURITA.—¡Qué aprovechados!

PATRICIA.—Antes era distinto. Yo estudié piano sabiendo que nunca tocaría el piano. Y estudié francés sabiendo muy bien que jamás, jamás tendría que hablar en francés...

PURITA.—(*Razonablemente*) Como debe ser...

PATRICIA.—Eso creo yo...

PURITA.—Porque la señora es una señorita...

PATRICIA.—(*Con una triste sonrisa*) ¡Sí! Una señorita soñadora que un día se enamoró de un infeliz empleado de banco...

PURITA.—(*Conmovidísima*) ¡Pobre señora!

PATRICIA.—¡Oh!

PURITA.—Bueno. No se apure tanto la señora que, a lo mejor, de pronto, un día le suben el sueldo al señor...

PATRICIA.—(*Dolorosamente pesimista*) ¡Quia! No le toca. Se lo subieron hace tres años...

PURITA.—Pues, mire... En la última casa que estuve también lo pasábamos muy mal. Porque la verdad es que no sé por qué, pero una no tiene suerte. Hasta que un día llegó el señor muy contento y dijo que le habían subido el sueldo. Y fue y nos convidó a todos. Y se compró un coche. Y nos llevó a veranear a Mallorca. Y todos tan felices. Lo malo fue que cuando volvimos del veraneo, al señor lo metieron en la cárcel...

PATRICIA.—¡Ah! ¿Sí?

PURITA.—Por envidias... Porque hay gente muy mala.

PATRICIA.—¡Ay! Mi marido no es de esos. ¡Qué ha de ser! ¡Pobre Mateo! Es tan infeliz, tan apocado, tan nada, nada. (*Con una repentina furia*) Es tan bueno, que a veces, le daría de bofetadas...

PURITA.—¡Huy! Pues si a una servidora le valiera ya iba listo el señor... (*Indignada*)  
Porque, cuidado que es santo el pobrecito.

PATRICIA.—Otros hombres luchan, se afanan... No sé. Antes, yo me hacía ilusiones, ¿sabes? Tenía esperanzas... Pero ya ni eso. Mateo será siempre un pobre hombre. De su casa a la oficina, de la oficina a su casa. En las horas libres anda y anda por ahí como un vagabundo... (*Desoladísima*) Y los domingos se va de pesca...

(*Y, a punto de echarse a llorar, entra en la alcoba. Queda sola Purita*)

PURITA.—¡Qué vergüenza!

*(Y, muy impresionada, entra en la cocina. Por un instante, queda la escena sola. Al momento aparece Patricia, por donde se fue. Trae entre las manos un bolso de calle. Se sienta en el sillón junto a la mesa. Abre el bolso y empieza a contar unos billetitos, unos pocos billetitos, que extrae del interior. Un profundo suspiro)*

PATRICIA.—¡Purita! ¿A cuántos estamos?

PURITA.—*(Dentro)* A dieciséis...

PATRICIA.—¡Me quedan veintidós duros...!

PURITA.—*(Dentro)* ¡Vaya! Pues este mes vamos mejor que el pasado...

PATRICIA.—¡Oh! *(En este momento, Mateo, en el interior del armario, golpea con los nudillos sobre la madera. Patricia se levanta, va al fondo y abre la puerta de la escalera. Pero, naturalmente, en el rellano no hay nadie... Muy extrañada, Patricia cierra y vuelve. Mateo insiste otra vez en su discreta llamada. Patricia, sorprendidísima, mira a un lado y a otro. Al fin, localiza la llamada en el armario. Se queda estupefacta. Corre. Abre una de las puertas, y se pega un susto morrocotudo. Porque en el interior del armario, en cuclillas, aparece Mateo)* ¡Ayyy...! ¡Mateo! ¿Qué haces así?

MATEO.—¡Chiss! No chilles... No me descubras.

*(Y de un tirón cierra el armario. Desaparece. Patricia se queda como quien ve visiones. Surge precipitadamente Purita por la cocina)*

PURITA.—¿Ha llamado la señora?

PATRICIA.—¿Quién? ¿Yo? No, no.

PURITA.—¡Ah! Pues creí...

*(Sale. Patricia, sola otra vez, reacciona de su estupor, y después de un instante golpea suavemente en la puerta del armario)*

PATRICIA.—¡Mateo! ¿Por qué te escondes en el armario? ¡Mateo! No me pongas nerviosa. ¡Sal de ahí...!

*(Se abre muy despacito la puerta del armario)*

MATEO.—No puedo.

PATRICIA.—¿Que no puedes salir del armario? ¡Ay! Pero ¿es que te has vuelto loco?

MATEO.—¡Chiss! Habla más bajo. Y entérate bien de lo que te digo. Yo no he vuelto a casa. Tú no me has visto. ¿Comprendes? ¡Ah! Y despide inmediatamente a Purita...

PATRICIA.—(*Extrañadísima*) ¿Que despida a Purita?

MATEO.—¡Sí!

PATRICIA.—¿Por qué?

MATEO.—Porque si alguien me ve aquí ahora estoy perdido...

PATRICIA.—¡Ay!

MATEO.—¡Chiss!

PATRICIA.—(*Con un presentimiento*) ¡Mateo! ¿Es que has hecho algo?

MATEO.—(*Muy bajito*) ¡Sí!

PATRICIA.—¿Qué has hecho?

MATEO.—Calla... Cuando nos quedemos solos te lo contaré todo.

(*Desaparece. Cierra de golpe*)

PATRICIA.—(*Nerviosísima*) ¡Ay, ay! ¡Ay, Dios mío! (*Y, de pronto, reacciona casi gritando*) ¡Purita!!

(*Aparece Purita*)

PURITA.—¿Llama o no llama la señora?

PATRICIA.—¡Sí!

PURITA.—¡Ah, vamos!

(*Patricia se queda mirando a la chica con mucho apuro*)

PATRICIA.—¡Purita! Me da muchísimo apuro decirte lo que voy a decirte. Pero no tengo más remedio...

PURITA.—(*Horrorizada*) ¡Calle! ¡Que le adivino el pensamiento! ¿A que se le ha ocurrido a la señora despedirme porque no tiene dinero?

PATRICIA.—¡Sí! Eso mismo...

PURITA.—Pues que se le quite esa idea de la cabeza... Porque yo no me voy...

PATRICIA.—Pero, criatura...

PURITA.—Quite, quite. Que si todavía la señora me despidiera por un capricho de esos que tienen las señoras, pues yo le soltaría a la señora cuatro frescas bien dichas y me iría tan tranquila. (*Emocionadísima*) Pero eso de que me

despida la señora porque no tiene dinero... eso, vamos, eso sí que la hija de mi madre no lo aguanta...

*(Y llorando de un modo incontenible, entra en la cocina. Patricia se queda de una pieza)*

PATRICIA.—¡Ay!

*(Se abre la puerta del armario y asoma Mateo)*

MATEO.—¡Patricia! ¡Que se vaya esa chica!

PATRICIA.—¡Ay, Mateo! Pero si no quiere...

MATEO.—¡Que se vaya!

*(Desaparece. Cierra. Patricia llama otra vez)*

PATRICIA.—¡Purita! Ven aquí...

*(Aparece Purita. Se queda mirando a Patricia, escamadísima)*

PURITA.—¿Otra vez?

PATRICIA.—¡Sí!

PURITA.—¡Qué manía! Pero si ya le he dicho que no me voy...

*(Y de muy mal talante vuelve a entrar en la cocina. Patricia, casi desfallecida, se deja caer en el sillón)*

PATRICIA.—¡Oh! Esto es horrible...

*(Asoma Purita y mira atentamente a Patricia. Con mucha perspicacia)*

PURITA.—¡Oiga! ¿Y a mí que me parece que a la señora le pasa algo?

*(Patricia se pone en pie vivamente)*

PATRICIA.—¿A mí? ¡No! ¡No me pasa nada! Pero nada, nada...

*(Y empieza a pasear de un lado a otro)*

PURITA.—¡Caray! Pues nadie lo dría... *(Transición)* ¡Oiga! ¿Por qué no toca un ratito el piano y así se distrae?

PATRICIA.—*(Dolorosamente)* ¡Mujer! Ahora...

PURITA.—¡Huy! Cuando yo digo que a la señora le pasa algo...

PATRICIA.—¡No! ¡Te digo que no! Mira, si quieres, tocaré para que te convenzas...

PURITA.—*(Muy contenta)* ¡Hala! Pues toque, toque eso que a mí me gusta tanto...

PATRICIA.—*(Casi llorando)* ¿El «Ave María»?

PURITA.—¡No! ¡Qué va! Lo otro...

PATRICIA.—¡Ah, ya!

*(Y venciendo heroicamente su apuro, va al piano, se sienta y comienza a teclear un pasodoble muy saleroso. Purita se extasía y aplaude)*

PURITA.—¡Eso! ¡Eso! ¡Ay, madre, qué música! Y qué manos. Pero qué manos tiene la señora...

*(Y tan contenta entra en la cocina. Patricia sigue tocando. Se abre la puerta del armario y asoma Mateo, furioso)*

MATEO.—¡Estate quieta!

PATRICIA.—No puedo. Se va a enfadar Purita...

MATEO.—Pero Patricia, ¿cómo se te ocurre tocar ahora un pasodoble? Es el colmo...

PATRICIA.—*(Apuradísima)* ¿Quieres que toque otra cosa?

MATEO.—*(Indignado)* ¡No!

PATRICIA.—*(Dejando de tocar)* ¡Ay, Mateo, Mateo! Si es que no sé lo que hago...

MATEO.—¡Patricia! Por última vez... ¡Que se vaya esa chica!

*(Desaparece. Cierra)*

PATRICIA.—¡Oh! *(Patricia se queda mirando la puerta de la cocina. De pronto parece que tiene una idea y marcha hacia allí)* Oye, Purita... *(Entra en la cocina. Desde este momento hasta que se indica, Patricia y Purita hablan dentro. Mateo abre un poquito la puerta del armario y saca la cabeza para escuchar)* Mira... He pensado que cuando llegue mi marido le diré que me lleve por ahí, a dar una vuelta. Y como no quiero dejarte sola en casa, porque sé que tienes miedo y crees en los aparecidos y en todas esas cosas...

PURITA.—(*Dentro*) ¡Ay, sí, señora! Desde que se me apareció mi difunto primo Federico vestido de militar...

PATRICIA.—(*Dentro*) Bueno. Pues por eso, lo mejor será que ahora mismo te vayas a casa de mi hermana. Y esta noche cenas y duermes allí...

PURITA.—(*Dentro*) ¿Que me vaya?

PATRICIA.—(*Dentro*) Sí, sí... Anda, vete.

PURITA.—(*Dentro*) ¿A casa de su hermana?

PATRICIA.—(*Dentro*) ¡Sí!

PURITA.—(*Dentro*) Mire usted que la hermana de la señora y una servidora siempre tenemos alguna cuestión...

PATRICIA.—(*Dentro*) ¡No! Esta noche te callas, oigas lo que oigas a mi hermana...

PURITA.—(*Dentro*) Pues no sé, no sé qué le diga a la señora...

PATRICIA.—(*Dentro*) ¿Cómo que no sabes? ¡Ay, Dios mío! Acuérdate de tu primo Federico...

PURITA.—(*Dentro. Un grito penetrante*) ¡Ayyy...! ¡No me lo recuerde! (*Cierra de golpe Mateo. Surge en escena Purita que, como una flecha, cruza desde la cocina hasta la puerta de la escalera. Patricia aparece tras ella*) ¡Buenas noches!

*(Abre. Sale. Y vuelve a cerrar tras de sí. Patricia respira profundamente)*

PATRICIA.—¡Gracias a Dios!

*(Se abre la puerta del armario y Mateo comienza a descender)*

MATEO.—¡Uf! Ya era hora...

*(Timbre en la puerta de entrada. Casi pegan un brinco los dos)*

PATRICIA.—¡Ay!

MATEO.—¡Maldita sea!

*(Y a toda prisa se reintegra al interior del armario. Cierra. Patricia va a la puerta del fondo y abre. Y en el rellano, tan sonriente, aparece Purita)*

PURITA.—¡Je! Se me olvidaba la llave... (*Entra. Toma una llave que hay colgada en la pared, junto a la jamba de la entrada. Y ya en la escalera se vuelve, muy cumplida*) ¡Que usted descanse!

PATRICIA.—¡Oh!

*(Cierra Patricia de golpe. Se apoya de espaldas en la puerta y suspira. Mateo asoma)*

MATEO.—¿Tú crees que volverá?

PATRICIA.—¡Oh! Eso no se sabe nunca...

MATEO.—Condenada chica... *(Baja del armario. Avanza muy despacito. Bajo la mirada de Patricia, se sienta en el sillón, junto a la mesa camilla. Se seca el sudor, se da aire con el pañuelo. Está visiblemente azarado. Un leve silencio)*  
¡Je! Hace calor, ¿eh? *(Patricia, en silencio, va al fondo y hace ademán de abrir las vidrieras de la ventana, que se hallan entornadas)* ¡¡Quieta!!

PATRICIA.—*(Sobrecogida)* ¡Mateo!

MATEO.—Quieta. No abras ahora. Después, con las luces apagadas. Cuando duerman todos los vecinos...

PATRICIA.—Pero entonces es verdad. ¿Te escondes?

MATEO.—¡Je! Pues claro...

PATRICIA.—Pero eso es absurdo. Nadie puede desaparecer así como así. Mañana, cuando vayas a la oficina...

MATEO.—*(Muy divertido)* ¿Qué estás diciendo? Pero si ya no volveré a la oficina...

PATRICIA.—*(Estupefacta)* ¿Cómo?

MATEO.—Eso se acabó. ¿Para qué voy a volver a la oficina? Ya no necesitamos esas miserables pesetas...

PATRICIA.—*(Con mucha alarma)* ¡Mateo! ¡No seas loco! Esas pesetas nos hacen muchísima falta...

MATEO.—¡Quia!

PATRICIA.—¡Que me he quedado sin lecciones!

MATEO.—¡No importa! ¡Tengo dinero, Patricia! ¡Tengo mucho dinero!

*(Patricia le mira con la boca abierta)*

PATRICIA.—¿Tú?

MATEO.—¡Sí!

PATRICIA.—¡No!

MATEO.—¡Y dale...!

PATRICIA.—¡Mateo! ¿De veras tienes dinero?

MATEO.—¡Sí!

PATRICIA.—¿Mucho?

MATEO.—¡Muchísimo...!

PATRICIA.—(*Casi sin atreverse*) ¿Mil pesetas...?

MATEO.—¿Mil pesetas? ¡Qué poca imaginación! Tengo más, mucho más...

PATRICIA.—¿Cuánto...?

MATEO.—¡Tengo un millón!

*(Y, muy ufano, entra en la alcoba. Patricia sofoca un grito tapándose la boca con una mano)*

PATRICIA.—¡Ayyy...! (*Se deja caer en el sillón. Tiene la mirada perdida en el infinito*)  
¡¡Un millón!! (*Un silencio largo. Y, de pronto*) ¡Mateo!

*(Aparece Mateo, muy natural)*

MATEO.—¿Me llamas?

PATRICIA.—¿Es verdad eso de que tienes un millón?

MATEO.—Naturalmente...

*(Un silencio brevísimo. Una transición en Patricia. El rostro se le llena de luz. Está como deslumbrada)*

PATRICIA.—Pero, entonces, somos ricos...

MATEO.—¡Claro!

PATRICIA.—Es maravilloso...

MATEO.—(*Muy ilusionado*) ¿Verdad que sí?

PATRICIA.—¡Oh, Mateo, Mateo! ¡Un millón!

*(Va hacia él, gozosísima, y se refugia en sus brazos)*

MATEO.—¡Je!

PATRICIA.—¡Mi vida! ¡Un millón! (*Un silencio. De pronto, alza la cabeza. Mira a Mateo penetrantemente. En su rostro se reflejan ahora el miedo, la incertidumbre...*) Oye. ¿Y cómo es que tienes un millón?

MATEO.—¡Qué curiosa eres! Ya te quieres enterar de todo...

*(Hace intención de marchar hacia la alcoba. Pero Patricia llama y él se detiene)*

PATRICIA.—¡Mateo!



MATEO.—¿Qué?

PATRICIA.—Ven aquí... Mírame. No me irás a decir que has robado ese dinero.

MATEO.—Je!

PATRICIA.—¡Di!

*(Mateo la mira. Baja la cabeza. Sonríe y piensa. Con un casi inapreciable rubor)*

MATEO.—Pues sí...

*(Patricia retrocede con espanto)*

PATRICIA.—¿Qué?

MATEO.—¡Ea! Ya lo sabes. *(Muy amable)* Y ahora, ¿estás contenta? *(Y se va, como antes, hacia la alcoba. Pero antes de hacer mutis se vuelve a Patricia)* ¡Ah! Ya puedes ir haciendo una lista con todas nuestras deudas... Hay que pagar enseguida. Que nadie diga que no somos personas decentes. *(Entra en la alcoba. Patricia, sola, en pie, mira en torno con terror. Aprisa, va a la puerta de entrada y corre el cerrojo. Va a la ventana y despliega las cortinas. Va a la derecha y cierra la puerta de la cocina. Ya de vuelta, se deja caer en una silla, junto a la mesa. Alza la cabeza, clava los ojos en la puerta de la alcoba... Y por allí, tranquilo, tranquilísimo, aparece Mateo. Ha sustituido su americana por la chaquetilla de un pijama de color crema, muy claro. Con una gran calma, se sienta en el sillón y queda frente a Patricia. Ella le mira atónita...)* ¡Je!

PATRICIA.—Es una broma, ¿verdad? Todo esto es una broma...

MATEO.—*(Muy risueño)* ¡Huy! ¡Qué va!

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío!

MATEO.—*(Comprensivo)* No, si ya sabía yo que te iba a hacer mucho efecto...

*(Patricia se le queda mirando fijamente)*

PATRICIA.—Pero, Mateo, si no pareces el mismo...

MATEO.—¡Anda! Como que soy otro. Cuando salí de aquí esta tarde, era un pobre diablo agobiado por las deudas y por la desesperación. Y ahora, figúrate, ahora tengo un millón de pesetas... *(Encantado. Lleno de felicidad, golpeándose el pecho con las manos. Como si se diera cuenta por primera vez)* ¡Qué bárbaro! ¡Un millón! *(Se vuelve a ella muy estimulado, muy dispuesto a la confidencia)* Oye. Es fantástico. Tú no sabes la sensación que siente uno...

*(Patricia le interrumpe con angustia)*

PATRICIA.—¡Cállate!

MATEO.—Mujer...

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío! Ha robado un millón de pesetas. Y lo dice tan tranquilo. Y está contento. Y no tiene miedo. Y no se arrepiente... ¡Mateo! Eres un cínico.

MATEO.—*(En pie. Airado)* ¡Cállate!

PATRICIA.—¡No quiero! Cínico, cínico...

MATEO.—¡Cállate! Porque te juro que si consigues que tenga miedo...

PATRICIA.—¿Qué? *(Él va hacia ella. Ella le espera en pie, erguida, desafiante. Mateo tiene los ojos brillantes. Con un impulso incontenible, él alza la mano como para cruzarle la cara... Pero se domina y el brazo cae inerte, como si misteriosamente se hubiera roto)* ¡Oh, Mateo, Mateo!

*(Patricia se derrumba, solloza. De bruces sobre la mesa, esconde la cara entre las manos. Un silencio. Mateo la mira largamente... Está anonadado)*

MATEO.—Patricia... *(Vuelve a mirarla. Y de pronto, agotado, deshecho, con un sollozo ahogado en la garganta, como desamparado, se deja caer en el sillón)* ¡Patricia! No me quites el valor. ¡Por Dios, no me quites el valor!

*(Un silencio)*

PATRICIA.—¿Por qué lo has hecho?

MATEO.—Éramos muy desgraciados... Tú lo sabes.

PATRICIA.—Pero yo te quería como eras...

MATEO.—*(Suavemente)* Mientes... Cada día me querías menos. *(Hay otro sollozo de Patricia)* Porque no sé vivir. Porque soy un fracasado... Por todo eso. Y ya ves, yo te disculpo. Es la pobreza, ¿sabes? La estúpida pobreza, que lo destruye todo: el orgullo, la alegría, el amor... Todo. *(Se calla)* ¡Patricia! En el fondo de tu corazón, sin decírselo a nadie más que a ti misma, ¿cuántas veces sentiste el deseo de que yo hiciera una locura? No, no contestes, no quiero. ¡Mi pobrecita Patricia! Si yo te comprendo. Pero no me quites el valor... No me quites el valor.

*(Se calla otra vez. Poco a poco, Patricia alza la cabeza y se queda mirando, suspensa, a un punto indeterminado)*

PATRICIA.—¿Qué diría mi familia? ¡Papá era Registrador de la Propiedad!

MATEO.—Mujer... También es casualidad.

PATRICIA.—¿Qué será de nosotros ahora?

MATEO.—¿Ahora? (*Encantado*) Pero si lo vamos a pasar mejor que nunca. Figúrate, con un millón...

PATRICIA.—(*Gritando*) ¡Ayyy...!

MATEO.—¡Patricia!

PATRICIA.—¿Qué estás diciendo? Loco, más que loco... Te buscará la Policía.

MATEO.—(*Extrañadísimo*) ¿A mí?

PATRICIA.—¡Sí! A ti, a ti...

MATEO.—Pero si a mí no me puede buscar la Policía...

PATRICIA.—¡Ay! ¿Por qué?

MATEO.—(*Muy satisfecho*) ¡Toma! Porque estoy muerto...

PATRICIA.—¿Qué? (*Aterrada*) ¿Que estás muerto?

MATEO.—¡Claro!

PATRICIA.—¡Socorro!

MATEO.—¡Patricia! Ven aquí...

PATRICIA.—¡Socorro!

*(Y asustadísima, como enloquecida, Patricia corre al fondo y abre la puerta de la escalera... En el preciso instante en que en el rellano aparece la figura de El Desconocido. Es un hombre joven, vestido sencillamente)*

EL DESCONOCIDO.—Buenas noches... (*Patricia y Mateo retroceden atónitos. El Desconocido avanza y, sin dudar, se dirige a Patricia*) Permítame que me presente, señora. Soy funcionario de la Jefatura de Policía... (*Del bolsillo saca un pequeño librito y se lo tiende a Patricia*) ¿Conoce usted esta agenda?

*(Un silencio. Patricia toma la agenda y la examina en el colmo del estupor)*

PATRICIA.—Sí... Es de mi marido.

EL DESCONOCIDO.—¡Ah! Entonces, ya no hay duda... (*Se calla. Baja la cabeza*) ¡Señora! Es muy duro decírselo. Pero tiene usted que saberlo... Su marido ha muerto.

PATRICIA.—(*Casi sin voz*) ¡Que ha muerto!

EL DESCONOCIDO.—Sí...

*(Patricia, rápidamente, se vuelve y clava los ojos en Mateo. Este, inmóvil, anhelante, la envuelve en una intensa mirada que es una súplica angustiada)*

PATRICIA.—*(Muy bajo)* ¿Está usted seguro?

EL DESCONOCIDO.—Por desgracia... Un atropello, ¿comprende? Apenas hace una hora. En la carretera de Puerta de Hierro.<sup>2</sup> Un coche que venía lanzado. En fin... Una pena.

PATRICIA.—¡Oh!

EL DESCONOCIDO.—Lo curioso es que el infeliz no llevaba encima más documentación que esta agenda. Y menos mal que es una de esas agendas con hoja de datos personales para caso de extravío. De otro modo no se le hubiera podido identificar fácilmente. Pero, mire, aquí está todo. Mateo Martínez. De profesión, empleado. Casado. La edad, el teléfono, el domicilio. En fin, ya digo... *(Un brevísimo silencio, Patricia, que durante las palabras del recién llegado no ha dejado de mirar fijamente a Mateo, escapa y, sofocando un gemido, desaparece por la puerta de la alcoba. El joven, que ha seguido con los ojos la huida de Patricia, mueve la cabeza comprensivo)* La pobre...

MATEO.—¡Je!

EL DESCONOCIDO.—Parece que le ha hecho mucha impresión...

MATEO.—Hombre...

EL DESCONOCIDO.—Vaya, vaya con ella. Yo ya me iba. *(Y marcha hacia el fondo. Mientras, Mateo se encamina a la puerta de la alcoba. Cuando El Desconocido, ya con la mano en el picaporte, va a abrir, se vuelve a Mateo, como si pensara en él por primera vez)* ¡Oiga! ¿Y usted quién es?

MATEO.—*(Deteniéndose en seco)* ¿Quién? ¿Yo?

*(El Desconocido inquiere muy amablemente)*

EL DESCONOCIDO.—¿Amigo de la casa?

MATEO.—Eso... Sí, señor.

EL DESCONOCIDO.—Bueno. Pues a usted también le acompaño en el sentimiento...

MATEO.—¡Je! Muchas gracias... *(Mateo entra en la alcoba apresuradamente. Queda El Desconocido solo. Su rostro cambia de expresión. Sonríe. Tiene un guiño de picardía. Dirige una rápida mirada en torno. Va a la puerta de la escalera... La*

<sup>2</sup> La Puerta de Hierro, construida en la segunda mitad del siglo XVIII, está ubicada en la parte noroccidental de Madrid, en las inmediaciones del Monte del Pardo y de la carretera de La Coruña.

*abre, sin ruido, con el mayor cuidado. Y la vuelve a cerrar de golpe, de manera que produce el portazo de una persona que se va. Vuelve a sonreír. Mira aquí y allá como buscando algo. De pronto, sus ojos se posan en el armario. Y el rostro se le alegra aún más. Corre. Abre una puerta del armario. Entra. Vuelve a cerrar tras de sí. La escena está sola apenas un segundo. Por la alcoba asoma cautelosamente Mateo. Una rápida mirada. Se vuelve hacia la puerta) ¡Se ha marchado! Ya puedes salir...*

*(Irrumpe en escena Patricia. Está furiosa)*

PATRICIA.—Mira, Mateo, que no puedo más... ¿Qué enredo es este? ¿Por qué dice ese hombre que tú has muerto hace una hora de un atropello?

MATEO.—¡Toma! Porque es verdad...

PATRICIA.—*(Gritando desesperada)* ¡Ayyy...!

*(Mateo, extenuadísimo, se deja caer en el sillón)*

MATEO.—¡No! ¡No grites! Sobre todo, no grites. Y dame un poco de agua, porque tengo aquí un ahogo y un... ¡Ay, Patricia!

PATRICIA.—¡Mateo! ¿Te sientes mal?

MATEO.—Un poco...

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío! No me asustes...

*(Entra en la cocina)*

MATEO.—*(Preocupadísimo)* Oye. A ver si ahora me voy a morir de verdad...

*(Vuelve Patricia con un vaso de agua)*

PATRICIA.—¡Bebe!

MATEO.—¡Hum!

PATRICIA.—¿Quieres hablar de una vez? ¿Quieres contarme todo lo que ha pasado?

MATEO.—¡Ay, Patricia! Déjame respirar... Ha sido todo tan rápido, tan sorprendente. ¡Figúrate! Yo iba paseando, paseando, como todas las tardes. Se hizo de noche y, sin saber cómo, me encontré en la carretera de Puerta de Hierro. De pronto, todo se llenó de luz con los faros de un coche que avanzaba a una velocidad fantástica. Medio ciego, pegué un salto para que el coche no me atropellara. Pasó casi rozándome... Y un segundo después oí un grito

horrible y vi cómo el coche, un poco más allá, daba un viraje espantoso y casi volcaba. El coche salió de estampía, sin parar. Me acerqué. Allí, en medio de la oscuridad, a un lado de la carretera, había un hombre tendido... Lo habían atropellado. Tenía la cara cubierta de sangre. Estaba muerto. Yo ya iba a empezar a dar gritos pidiendo socorro, cuando mis pies tropezaron con algo. Encendí... Y encontré junto al muerto un pequeño saquito de lona casi abierto. Lo cogí. Miré... ¿Y qué dirás que tenía dentro el saquito?

PATRICIA.—¿Qué?

MATEO.—¡Un millón de pesetas!

PATRICIA.—¡Dios mío!

MATEO.—Como lo oyes. No necesité contarlos. Eran diez paquetes de billetes de mil pesetas. Todos iguales. Conozco tan bien esos paquetitos... Muchos días en el banco he pasado horas y horas haciendo paquetitos de billetes. Muchos paquetes. Muchos billetes. Cien mil, doscientas mil, trescientas mil, cuatrocientas mil... Un millón. (*Se va excitando más y más a medida que habla*) ¡Dos millones! ¡Tres millones! ¡Cuatro millones! ¡Millones! ¡Millones! ¡Millones! (*Acaba gritando, nerviosísimo, y pega un formidable puñetazo sobre la mesa*) ¡Hum!

PATRICIA.—¡Mateo! Por Dios...

MATEO.—Y mientras hacía paquetes y paquetes yo tenía un duro en el bolsillo. Un duro para todo. Para ser feliz. Para conquistar el mundo. Para comprarte flores a ti... Un duro.

PATRICIA.—¡Mateo! Tranquilízate. No me asustes...

MATEO.—¡Dame un duro!

PATRICIA.—¡Ay!

MATEO.—Digo, dame agua...

PATRICIA.—¡Toma!

MATEO.—¡Hum! ¡Ay, Patricia! Era un millón. Si tú supieras lo que significa para mí esa cifra... (*La toma de las manos. La atrae hacia sí*) Mira, hace tiempo, en el banco, una mañana, tuve que pagar un cheque de un millón de pesetas. Se lo llevó un hombre pequeño, gordo, colorado... Había traído un saquito para meter los billetes. Cuando se fue con su saquito bien repleto, iba sofocado casi llorando, tropezando con la gente, como huyendo, con un miedo infinito de que le quitaran su tesoro y con una alegría tan grande, tan grande... Nunca vi a nadie tan feliz como a aquel hombrecillo. (*Con otro tono*) Aquella mañana, Patricia, comprendí que la felicidad, toda la felicidad, consiste en un millón. Porque en aquel saquito tan pequeño cabían todos nuestros sueños. La casa bonita. Los buenos vestidos para ti. El cochecito. La televisión. Un viaje a París... ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cuánto hemos soñado cuando éramos

novios, cuando aún teníamos esperanzas, cuando paseábamos juntos por la Gran Vía mirando los escaparates? ¿Te acuerdas de tantos regalos como nos prometíamos el uno al otro que no nos hemos podido hacer jamás? Pues todo, todo estaba en aquel saquito lleno de billetes. ¡Patricia! Esta noche, el saquito que encontré en la carretera, al lado del muerto, era igual, igual que aquel otro saquito. De lona, con una cinta corredera. Y dentro, el millón. ¡La felicidad!

PATRICIA.—Mateo...

MATEO.—Ni siquiera lo pensé. Me pareció que aquel millón del muerto era mío. Era el final de todas nuestras desdichas. Era la realidad de todos nuestros sueños. Era la felicidad... Y me lo quedé, ¿sabes? Me lo quedé. *(Transición)* Naturalmente, enseguida pensé que, para que nadie pudiera quitarme ese dinero, yo tenía que desaparecer. Pero de verdad, de verdad, no hay más que una manera de desaparecer... Muriendo. Y entonces, tuve una idea. Recordé un truco que había leído en una novela policíaca, no sé cuándo. Y dicho y hecho. Busqué en los bolsillos de aquel pobre hombre muerto que tenía a mis pies. Le quité todos sus papeles... Todos. Y en su lugar puse mi agenda. Y ya has visto. La Policía ha caído en la trampa. Para ellos el muerto soy yo. Ya nadie sospechará de mí. ¡Nadie me buscará! ¿Quién busca a un muerto? Desde hace una hora, Mateo Martínez no existe. ¡Mateo Martínez ha muerto! *(Muy sinceramente)* Oye. ¡Cómo lo van a sentir en el banco! ¡Y cómo se va a alegrar tu hermana!

PATRICIA.—¡Ay!

MATEO.—Bueno. Lo curioso es que ahora, así como el muerto, con mi agenda en el bolsillo, no es él, sino yo, yo, en cualquier parte, con sus papeles en mi cartera, puedo ser él, él mismo. ¿Comprendes? *(Muy nervioso, muy excitado, saca unos cuantos documentos del bolsillo, que vierte sobre la mesa)* ¡Fíjate! Se llama Alberto Mendigurría. ¡Anda! De Bilbao, seguro. Un tío listo. Y el pasaporte. Mira la foto. ¡Santo Dios! Pero si yo diría que hasta se me parece un poco...

*(Le entrega el pasaporte, que ella toma y examina muy detenidamente. Luego, Patricia alza la cabeza y sus ojos se encuentran con los de Mateo, que espera... Hay un silencio)*

PATRICIA.—Es fantástico...

MATEO.—¡Je! ¿Verdad que sí?

*(Otro silencio sutilísimo. Patricia se aleja despacito y llega hasta la ventana. Una vez allí, casi vuelta de espaldas, sin mirarle, pregunta:)*

PATRICIA.—¿Estás seguro de que al entrar no te ha visto nadie?

MATEO.—Nadie...

PATRICIA.—¿Ni la portera...?

MATEO.—Tampoco...

*(Se callan los dos. Patricia vuelve calmosamente. Una vez junto a la mesa, alza la cabeza y le mira)*

PATRICIA.—Bueno. ¿Y ahora?

MATEO.—*(Gozosamente)* ¿Ahora? No te preocupes. Lo tengo todo previsto. Dejaremos que pasen unos días para no despertar sospechas. Entretanto, yo permaneceré aquí, escondido. Como estoy muerto, ¿sabes? Y después, una noche, de madrugada, tú y yo, solos, saldremos de Madrid y pasaremos la frontera...

PATRICIA.—Pero ¿tú crees que para ti será fácil pasar la frontera...?

MATEO.—¡Facilísimo! Tengo el pasaporte de Mendigurría...

PATRICIA.—¡Ah! Es verdad. Realmente, con tu pasaporte en regla, nadie puede decirte nada...

MATEO.—*(Con toda razón)* Eso digo yo...

PATRICIA.—*(Muy interesada)* Oye. ¿Y adónde iremos?

MATEO.—De momento a Francia... ¿Qué te parece?

PATRICIA.—*(Muy complacida)* ¡A Francia! Naturalmente, pondremos casa en París...

MATEO.—¿En París...? ¿Tú crees? ¿No te gustaría vivir en Italia?

PATRICIA.—¡Mateo! París, siempre es París...

MATEO.—*(Respetuosamente)* ¡Ah! Eso sí...

PATRICIA.—*(Completamente resuelta)* Nada, nada. A París, y no se hable más... *(Da unos pasos hacia el fondo. Luego, se vuelve a Mateo)* Bueno. Confieso que, al principio, me asustaste un poco, cuando dijiste que habías cometido un robo y todo eso... Pero ¿sabes lo que te digo? Que ahora veo que, después de todo, lo que ha pasado no tiene nada de particular...

MATEO.—*(Sorprendidísimo)* ¡Ah! ¿No?

PATRICIA.—Mira... Recapitemos. Tú ibas paseando por la carretera. Me parece a mí que todo el mundo tiene derecho a pasear por la carretera, ¿no? Entonces, un coche que iba conducido por un loco, porque esos automovilistas son



unos locos, atropelló a un pobre señor que iba delante de ti. Tú te lanzaste a socorrer al infeliz... Porque tu intención fue socorrerle, ¿no es eso? ¡No! No es preciso que lo jures. Te conozco. Sé que eres un pedazo de pan. Pero, claro, no pudiste hacer nada porque el pobrecito señor había muerto. Y entonces, ¿qué pasó? Que allí mismo, en plena carretera, te encontraste con un saquito que contenía un millón de pesetas... (*Convencidísima*) Porque la verdad es que te lo encontraste...

MATEO.—(*Perplejo*) Bueno, bueno. Eso...

PATRICIA.—¡Te lo encontraste! Si lo sabré yo... Y, claro, no lo ibas a dejar tirado allí, en medio de la carretera. (*Muy resuelta*) ¡Mateo! ¿Sabes lo que te digo? ¡Que cualquiera en tu lugar hubiera hecho lo mismo!

MATEO.—(*Alarmadísimo*) ¡Patricia! ¡Que tu padre era Registrador!

PATRICIA.—Calla, calla... Deja en paz al pobre papá. (*Transición*) Dame tu llave.

MATEO.—¿Adónde vas?

PATRICIA.—Quiero estar segura, segura, de que la portera no te ha visto al entrar. Yo me las arreglaré.

MATEO.—Bueno... Estás en todo.

PATRICIA.—¡Chiss! No abras aunque llamen a la puerta. No tomes el teléfono. Cuidado que tú eres muy distraído. Subo en seguida.

*(Abre la puerta de la escalera. Sale. Vuelve a cerrar. Mateo, solo en pie, ante la mesa. Su mirada cae sobre los papeles personales de Mendigurría, que todavía están sobre el tapete, y sonrío. Muy despacito, con mucha complacencia, toma los documentos de uno en uno y se los va guardando en el bolsillo del pantalón. Después lanza una mirada alrededor de sí mismo, muy satisfecho. Se encamina a la ventana. Alza la punta de un visillo y mira al exterior. Con mucho cuidado, vuelve a dejar en su lugar el visillo. Da unos pasos... Y de pronto suena briosamente el timbre del teléfono. La primera reacción de Mateo es, con la mayor naturalidad, ir hacia el aparato para tomar el auricular. Pero a medio camino se detiene. El timbre sigue sonando. Mateo mira al aparato con muchísimo miedo. Avanza despacito, como misteriosamente, atraído por la llamada... Cuando llega a la mesa aún sigue sonando el timbre del aparato. Y de pronto, cesa. Mateo respira. Despacio, muy despacio, casi de puntillas, va al fondo y, por medio de un conmutador que hay situado junto a la puerta de entrada, apaga la luz. La escena queda en sombras, como al principio de este acto. A través de los cristales*

*del ventanal, el rayo de luna tiñe de una luz blanquecina la zona del escenario donde está situada la mesa camilla. Mateo, entre las sombras, cruza la estancia y desaparece por la puerta de la alcoba. Una pequeña pausa. La escena en soledad. Ahora, alguien, desde fuera, abre la puerta de la escalera. La puerta se abre lentamente... Y asoma Purita. Entra y cierra. Enciende la luz. Mira en torno)*

PURITA.—¡Anda! Pues no se han dejado todo cerrado con el calor que hace... (Y con mucha decisión va a la ventana y la abre de par en par) Jesús, Jesús... (Y tan tranquila, entra en la cocina. Casi al mismo tiempo, aparece Mateo por la alcoba. Al ver la ventana abierta y las luces encendidas se detiene de súbito, estupefacto. Durante unos segundos, inmóvil, como petrificado, piensa lleno de perplejidad. Y en seguida, lleno de desesperación, se abalanza sobre la ventana y la cierra furiosamente. Luego se vuelve como para hacer frente a un enemigo invisible. Está asustadísimo... Corre otra vez. Apaga la luz. Se queda quieto, quieto, como escuchando no se sabe qué. Poquito a poco avanza hacia primer término, mirando con recelo a todas partes. Se sienta en el sillón. Se queda quietísimo. Se seca el sudor que le baña la frente. La luz de la luna le envuelve y le destaca entre las sombras, dándole una apariencia fantasmal... Surge Purita de la cocina. Y al ver a Mateo, un grito tremendo:) ¡Ayyy...! (Mateo, lleno de pavor, pega un salto de modo que queda en pie sobre el asiento del sillón. Tiene los ojos desmesuradamente abiertos, clavados en la chica. Purita se tranquiliza poco a poco) ¡Ay, madre! ¡Qué susto me ha dado el señor! (Va al fondo y enciende la luz) ¡Oiga! ¿Sabe por qué he vuelto tan pronto? Porque estaba yo en la cocina de aquella casa cenando tan ricamente, cuando de pronto entró la hermana de la señora y fue y me preguntó que qué tal nos iba por aquí. Porque parece mentira que esa señora sea una señora con lo chismosa que es. Y entonces fue una servidora y le dijo la verdad: que aquí estábamos en las últimas, que la señora se había quedado sin lecciones y que lo íbamos a pasar fatal... Y entonces va ella y se pone hecha una furia. Y empieza a dar voces. Y empieza a decir que de todo lo que pasa tiene la culpa la señora por haberse casado en el señor, que es un inútil. Y a mí aquello me sentó muy mal. Porque bien está que la señora y yo digamos que el señor es un inútil. Pero fuera de aquí nadie tiene por qué mentar al señor. Y entonces me harté y le dije: oiga, usted, señora, usted es una liosa. Y fue y me echó sin más motivo... Total, que aquí me tienen los señores. ¡Je! (Se calla. Se queda mirando a Mateo extrañadísima) ¡Oiga! ¿Por qué no baja de ahí? (Mateo, muy despacito, desciende del sillón sin dejar de mirar a la

*muchacha, sin pronunciar palabra, y se sienta) ¡Je! Hay que ver qué calladito está el señor... (Y mirando a Mateo, con mucho recelo, va retrocediendo hacia la cocina) Pues vaya...*

*(Sale francamente impresionada. Mateo, cuando se ve solo, salta del sillón como un desesperado. Le pega una rabiosa patada a algo que se encuentra en el camino. No sabe qué hacer. Pero, de pronto, tiene una idea... Corre. Va hasta el armario. Abre enérgicamente. Y se queda con la boca abierta. Porque en el interior del armario aparece El Desconocido... Una ligerísima pausa. Mateo habla casi sin voz)*

MATEO.—Hola.

EL DESCONOCIDO.—*(Amablemente)* Buenas noches.

MATEO.—¿Lleva usted ahí mucho tiempo?

EL DESCONOCIDO.—Un ratito... Pero no se está mal.

MATEO.—¡Ah! ¿No?

EL DESCONOCIDO.—Entre, entre... Hay sitio para los dos.

MATEO.—Muchas gracias...

EL DESCONOCIDO.—De nada... *(Mateo entra en el armario gentilmente ayudado por el joven)* ¡Oiga! Yo soy de Salamanca... ¿Y usted?

*(El Desconocido cierra la puerta del armario. Desaparecen los dos. Aparece Purita por la cocina. Cuando ve vacío el sillón que ocupaba Mateo se detiene como atacada por un rayo. Con los ojos a punto de saltársele de las órbitas, pega un grito estentóreo)*

PURITA.—¡Ayyy...! *(Mira en torno, aterrada)* ¿Dónde está...? *(Corre. Atraviesa la escena. Entra en el comedor. Se la oye gritar dentro)* ¿Dónde está? *(Vuelve a escena. Avanza. Entra en la alcoba. Grita otra vez dentro)* ¿Dónde está? *(Aparece otra vez. Su miedo es ya un pavor insuperable. En el centro de la escena cae de rodillas en el suelo. Y empieza a rezar angustiosamente)* ¡Vete, Satanás! ¡Vete y no vuelvas más! Dios te salve, María; llena eres de gracia... ¡Vete, Satanás, y no vuelvas más! ¡Vete, Satanás, y no vuelvas más!

*(Se abre la puerta de la escalera. Surge Patricia, que al ver a Purita se asusta enormemente. Se abalanza sobre la chica)*

PATRICIA.—¿Qué? ¡Purita! ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

PURITA.—(*Desgarradoramente*) La luz se apagaba y se encendía. ¡La ventana se abría y se cerraba! Y él estaba ahí en lo alto, quieto, quieto, como un muerto, todo blanco y lleno de luz. Y no hablaba. Y no decía ni pío... Me miraba y me miraba. Y de pronto, desapareció sin dejar rastro...

PATRICIA.—¡Purita!

PURITA.—¡Ay, señora de mi alma! Vete, Satanás, vete y no vuelvas más. ¡Vete, Satanás!!

(*Y corriendo, entra en la cocina. Patricia la sigue muy inquieta*)

PATRICIA.—¡Purita! ¡Purita! ¡Espera!

(*Sale tras ella. En el acto, se abre la puerta del armario, asoma Mateo y salta. Luego se vuelve*)

MATEO.—¡Salga!

(*Con mucha naturalidad, El Desconocido salta del armario y continúa hablando como quien prosigue una conversación interrumpida*)

EL DESCONOCIDO.—Bueno. Pues como le decía... Entonces vine a Madrid y me lié con las oposiciones a notarías. (*Sensatamente*) ¡Oiga! ¿Sabe que eso es muy difícil?

MATEO.—(*Indignadísimo*) ¡Basta!

EL DESCONOCIDO.—¿Cómo?

MATEO.—Ni una palabra más. Desde que entré en este armario me está usted contando su vida. Y no lo aguanto, ea...

EL DESCONOCIDO.—(*Francamente dolido*) Hombre, hombre...

MATEO.—¿Qué busca usted aquí? ¿Es usted o no es usted policía?

EL DESCONOCIDO.—Pues, mire, hermano, en confianza...

MATEO.—¡Ah! ¡No es usted policía!

EL DESCONOCIDO.—(*Satisfechísimo*) ¿Se me nota?

MATEO.—Entonces, hable de una vez. ¿Quién es usted?

EL DESCONOCIDO.—(*Muy naturalmente*) El rey Balduino<sup>3</sup>...

---

3 Balduino (1930-1993): monarca de Bélgica desde 1951 hasta el año de su fallecimiento. En diciembre de 1960, unos meses después del estreno de esta comedia, contrajo matrimonio con la española Fabiola de Mora y Aragón. Era, por tanto, un nombre de actualidad.

MATEO.—¿Cómo?

EL DESCONOCIDO.—Mire. Aquí cada uno es lo que le gusta. Usted está muerto, ¿no? Pues, ¡hala!

*(Entra Patricia. Sin ver a El Desconocido, que ha pasado hasta la ventana, se dirige a Mateo muy tranquilizadora)*

PATRICIA.—¡Mateo! No te preocupes porque te haya sorprendido Purita. Te ha tomado por un aparecido... ¡Ah! Y, desde luego, la portera no te ha visto al entrar. De manera que tranquilidad, mucha tranquilidad...

MATEO.—*(Furioso)* ¿Te quieres callar?

PATRICIA.—¡Ay! *(Muy sorprendida por la actitud de Mateo, sigue inconscientemente su mirada... Y descubre al otro, que sonrío)* ¡Ah! Usted otra vez. *(Muy molesta)* ¡Qué pesado!

EL DESCONOCIDO.—¡Je!

*(Hay un silencio muy tenso. Suena el timbre del teléfono. Los tres vuelven la cabeza hacia el aparato. Maquinalmente lo toma Patricia, que está más cerca)*

PATRICIA.—Diga... Sí, sí. Este es ese número. Pero ¿quién llama? *(Un grito sofocado)* ¿Cómo?

*(Los dos hombres la miran. Ella, horrorizada, mira a Mateo)*

MATEO.—*(Muy bajito)* ¿Quién es?

PATRICIA.—Es... Alberto Mendigurría.

MATEO.—*(Ronco)* ¿Qué?

*(El Desconocido avanza muy contento)*

EL DESCONOCIDO.—¡Ah! Es para mí... Deme, deme. *(Casi le arranca a Patricia el auricular de las manos. Y habla muy contento, muy risueño)* ¡Jefe! Soy yo, «El Pituso». ¿Cómo está, jefe? ¿De verdad? ¡Uf! ¡Qué peso se me quita de encima! ¡Sí! Aquí es... No podía fallar. *(Escucha un ratito. Echa una mirada a Mateo y a Patricia, que le observan con una angustiada atención)* Buena gente... No, no son del oficio. Están empezando. Pero tienen condiciones. Sobre todo ella... ¿Cómo? De acuerdo, jefe. De aquí no me muevo. ¡A la orden, jefe! *(Cuelga. Ya están los tres sentados en torno a la mesa. El Pituso en el centro,*

*frente al público. El Pituso, muy tranquilo, saca una baraja del bolsillo...)* ¡Je!  
Bueno. Si a ustedes les parece podíamos echar una partidita...

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

**E**l mismo decorado.

*(En el instante justo en que terminó el acto anterior. Todo está como estaba. Mateo, Patricia y El Pituso, en torno a la mesa camilla, en idéntica actitud. Un pequeño silencio. Patricia se pone en pie y va hacia la izquierda. Llega hasta el piano. Mateo, al poco, siempre mirando recelosamente a El Pituso, la sigue despacito. Mateo y Patricia, muy juntos, están asustadísimos)*

PATRICIA.—¡Mateo! El muerto no estaba muerto... Mendigurría vive y llama por teléfono.

MATEO.—*(Desconcertadísimo)* ¿Sí?

PATRICIA.—¿Cómo pudiste confundirte?

MATEO.—Pero si yo hubiera jurado...

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío! ¡Qué distraído eres!

*(Por la cocina surge Purita, que cruza hasta el comedor implorando desesperadamente, casi como un fantasma)*

PURITA.—¡Vete, Satanás! Padre nuestro que estás en los cielos... ¡Vete, Satanás, y no vuelvas más!

*(Entra en el comedor. El Pituso, que la ha visto pasar, atónito, mueve la cabeza filosóficamente)*

EL PITUSO.—¡Hay que ver! Cómo está la clase media...

*(Mateo y Patricia le miran. Luego se miran entre sí)*

PATRICIA.—¡Mateo!

MATEO.—¿Qué?

PATRICIA.—No me gusta nada este policía...

MATEO.—Pero si no es policía...

PATRICIA.—¡Ah! ¿No? Entonces, ¿quién es este individuo?

MATEO.—¡Toma! Eso quisiera yo saber... Pero es muy suyo.

PATRICIA.—¡Pregúntaselo!

MATEO.—(*Dócilmente*) Bueno... (*Y con mucha cautela, da unos pasos hacia El Pituso*) ¡Oiga!

EL PITUSO.—No se moleste. Si necesitan dirigirse a mí, pueden llamarme Pituso...

MATEO.—(*Azaradísimo*) ¿Oyes? Llámale Pituso...

PATRICIA.—(*Indignada*) ¡No me da la gana!

MATEO.—Bueno.

PATRICIA.—(*Asqueadísima*) ¿Quién le puso ese nombre?

EL PITUSO.—Las mujeres, prenda...

PATRICIA.—¡Ayyy...! No me llame prenda. ¡Mateo! Dile que no me llame prenda...

(*Y, nerviosísima, casi se echa a llorar*)

MATEO.—¡Oiga! A mi mujer...

EL PITUSO.—Usted se calla...

MATEO.—¿Cómo?

EL PITUSO.—(*Sentencioso*) ¡Que los muertos no hablan!

PATRICIA.—(*Muy alarmada*) ¡Ay! Pero ¿es que este hombre sabe que tú estás muerto?

MATEO.—¡Claro! Como estaba escondido en el armario...

PATRICIA.—¿Que estaba escondido en el armario? Pero qué poca vergüenza...

EL PITUSO.—(*Atónito*) ¡Arrea!

PATRICIA.—¡Qué descaró!

EL PITUSO.—Oiga, oiga...

PATRICIA.—¡Qué frescura! Entrar en una casa extraña, esconderse en el armario y enterarse de la vida privada de la gente...

EL PITUSO.—¡Señora! Si lo que yo he oído pertenece a su vida privada...

(*Patricia se vuelve a El Pituso, muy erguida, muy en señora*)

PATRICIA.—Pues bien, señor mío...

EL PITUSO.—¡Ojo! A ver qué va usted a decir...

MATEO.—(*Con mucho susto*) Cuidado, Patricia...

PATRICIA.—(*Con toda su alma*) ¡Señor mío! Usted no es un caballero...

EL PITUSO.—(*Tranquilizado*) ¡Ah, bueno!

(*Y con el mayor sosiego se pone a hacer solitarios con su baraja*)

PATRICIA.—¡Y va usted a salir de aquí ahora mismo!



EL PITUSO.—¿Quién? ¿Yo?

PATRICIA.—¡Sí!

EL PITUSO.—¡Ca!

PATRICIA.—(*Furiosa*) ¡Mateo! Dile que se vaya...

MATEO.—(*Muy asustado*) ¡No! ¡Que no se vaya! Pero, Patricia, ¿no comprendes que si este hombre se marcha y llama a la policía estamos perdidos? ¿No te he dicho que lo sabe todo?

(*Patricia se queda repentinamente inmóvil*)

PATRICIA.—¿Todo?

MATEO.—¡Sí!

PATRICIA.—Pero ¿todo, todo...?

MATEO.—Yo creo que sí...

PATRICIA.—¡Ah! (*Se calla y piensa*) Entonces hay que hacer algo... (*Se queda mirando a El Pituso. Súbitamente va hacia él y se sienta a su lado en una silla, junto a la mesa camilla*) Mire usted, Pituso...

EL PITUSO.—(*Alegre, jolgorioso, como en un piropo*) ¡Prenda!

PATRICIA.—(*Horrorizada*) ¡Ay, Mateo! Este hombre es un fresco...

(*Se pone en pie. Va al fondo. Pasea turbadísima*)

MATEO.—¡Calma! Hablaré yo. Verá usted, Pituso. Usted llegó. Y en vez de marcharse, izas!, se metió en el armario...

EL PITUSO.—(*Asintiendo*) ¡La fetén!

PATRICIA.—(*Con un escalofrío*) ¡Qué ordinario es!

MATEO.—Bueno. La cosa no tiene nada de particular. Cualquiera entra en una casa y, de pronto, lo natural, pues ya se sabe, lo natural es que se meta en el armario...

PATRICIA.—¿Qué estás diciendo?

MATEO.—(*Muy embalado. Sin oírla*) En fin, ¿quién no se ha metido en un armario alguna vez? Y entonces, ¿qué pasa? Pues que desde el armario se oye todo lo que hablan los demás. ¡Ah! Pero, a veces, ¿se oye exactamente lo que dicen o cree uno que dicen lo que no dicen? Porque a lo mejor no ha interpretado usted bien una historia que yo le estaba contando a mi mujer...

(*El Pituso, después de oír a Mateo con mucha calma, se vuelve hacia Patricia*)

EL PITUSO.—¡Señora! Dígale al difunto que no se canse...

PATRICIA.—¡Ay, Mateo!

MATEO.—Hombre...

EL PITUSO.—(*Apaciblemente*) Mire, espectro... La historia se la voy a contar yo. Usted iba hace un ratito paseando por la carretera de Puerta de Hierro. Bueno. Allá cada uno... Este es un país libre. De pronto, se echa encima un coche que viene zumbando. El coche empitona a un ciudadano que iba delante...

MATEO.—¡Mendigurría!

EL PITUSO.—¡Ese! ¡Don Alberto Mendigurría y Maturana! (*Se pone en pie. Con un enorme y reverente entusiasmo*) ¡¡El Jefe!!

(*Mateo le mira muy sobrecogido*)

MATEO.—¡Ah! ¿Sí?

EL PITUSO.—¡Un genio! Lo que se dice un genio de los negocios...

MATEO.—¿Qué negocios?

EL PITUSO.—(*Vagamente*) ¡Pche! Lo que sale... Pero, sobre todo, bancos.

MATEO.—(*Respetuosamente*) ¿Oyes, Patricia? Por lo visto se trata de un financiero...

EL PITUSO.—¡Eso! (*Transición*) Bueno. Sigamos... Usted, que se acerca. Que ve al accidentado con la cara llena de sangre y sin sentido. Que se dice: liquidado. Y, de pronto, tropieza usted con el saquito del dinero...

MATEO.—(*Sinceramente*) Hombre... Estaba allí...

EL PITUSO.—¡Claro! Y usted, que es un listo, se dice: esta es la mía. Y como ha visto usted muchas películas, chiflado, maldita sea, que es usted un chiflado, piensa que es muy fácil cambiar a un muerto por un vivo. Y hala, ni corto ni perezoso, se queda con la documentación del jefe y le mete en el bolsillo su agenda. Coge el saquito y echa a correr. Pero, en estas, al minuto, que llego yo...

PATRICIA.—(*Dolorosamente*) ¡Ay, Dios mío! Este sujeto está en todas partes...

EL PITUSO.—¿Y qué veo? Pues veo al jefe tirado en la carretera. Que lo agito y vuelve en sí. Que no tiene más que una heridita de nada, de esas que echan mucha sangre...

MATEO.,—¡Hay que ver! Y yo que le creí muerto...

EL PITUSO.—¡Quite usted de ahí! (*Con unción*) Los genios no mueren a la intemperie... (*Transición*) Y entonces, ¿qué pasa? Pues que El Jefe se queda de una pieza viendo que el saquito ha desaparecido. Que se le ha esfumado

el pasaporte, el carné de conducir y el certificado de padre de familia numerosa. Que le sienta muy mal...

MATEO.—(*Comprensivo*) ¡Claro!

EL PITUSO.—Que se pone a discurrir. Y que ya se sabe, cuando El Jefe discurre no falla nada. Total, que de repente caemos en su estratagema. Que para comprobar nuestras sospechas me planto yo aquí, me hago pasar por policía, y, vamos, que casi me muero de risa cuando le digo a la señora que se ha quedado viuda... En resumen: que el millón ya está localizado. Claro que gracias a usted, eso sí. Porque usted había sido tan amable que, después de llevarse el millón, nos había dejado la agenda con su nombre, con sus señas, con su teléfono...

MATEO.—(*Atónito*) ¡Caray! Pues es verdad...

*(El Pituso se queda mirando a Mateo de arriba abajo y mueve la cabeza con el más profundo reproche)*

EL PITUSO.—¡Vamos! Mire usted que llevarse un millón y dejar las señas... (*Casi con asco*) ¡Aficionado! ¡Que es usted un aficionado!

PATRICIA.—Pero, Mateo, ¿no te da vergüenza?

MATEO.—(*Humilladísimo*) Pero si yo creí que había tenido una gran idea...

EL PITUSO.—Pero, hombre... (*Cargado de razón*) Si coge usted el millón y desaparece sin dejar rastro, no hay quien le encuentre...

PATRICIA.—¡Ay! No me lo diga, no me lo diga...

*(Y nerviosísima, empieza a ir de un lado para otro. Mateo, atacado de pronto de una tremenda furia contra sí mismo, pega un enorme puñetazo sobre la mesa)*

MATEO.—¡Maldita sea mi estampa! ¡Pégame, Patricia...!

PATRICIA.—¡Ay, Mateo!

MATEO.—¡Pégame! ¡Te digo que me pegues...!

EL PITUSO.—Mujer... Dele un cachete.

PATRICIA.—¡Oh!

*(Mateo se vuelve a El Pituso muy avergonzado)*

MATEO.—¡Pituso! ¿Qué pensará usted de mí?

EL PITUSO.—(*Dándole unos generosos cachetitos en la espalda*) Calle, calle...

*(Por la puerta del comedor, hacia la alcoba, aparece Purita. Va como transportada, en la misma actitud que se fue)*

PURITA.—¡Ave María Purísima! ¡Vete, Satanás! Dios te salve, María...

PATRICIA.—*(Gritando furiosa)* ¡Purita! ¡A la cama!

PURITA.—No puedo. Ahora está ahí mi primo Federico... Y no sabe usted las desvergüenzas que me está diciendo. ¡Dios te salve, María...!

*(Entra en la alcoba. El Pituso, escamadísimo, pega un salto dispuesto a todo)*

EL PITUSO.—¡Alto! ¿Quién es ese Federico?

PATRICIA.—Nadie... Un fantasma.

EL PITUSO.—¡Ah, bueno! Creí...

*(Patricia se ha sentado al lado de Mateo. Están los dos muy juntos)*

MATEO.—¡Patricia!

PATRICIA.—¿Qué?

MATEO.—Ya no pondremos casa en París...

PATRICIA.—*(Casi llorando)* Qué va...

MATEO.—No compraremos el cochecito...

PATRICIA.—*(Como antes)* ¡Huy! El cochecito...

MATEO.—Ni la televisión...

PATRICIA.—Nada, nada, nada...

*(Un pequeñísimo silencio. Mateo, más conmovido todavía. Más bajito)*

MATEO.—Oye...

PATRICIA.—¿Qué?

MATEO.—¿Sabes que había pensado regalarte, por sorpresa, un abrigo de pieles?

PATRICIA.—*(Con un estremecimiento)* ¡Ayyy...! Cállate, por Dios, cállate...

*(El Pituso, desde lejos, los contempla casi enternecido)*

EL PITUSO.—¡Pobres! Se habían hecho unas ilusiones...

*(Timbre en la puerta de entrada. Mateo y Patricia, sobresaltados, se vuelven)*

PATRICIA.—¡Ay!

EL PITUSO.—*(Enérgicamente)* ¡Quietos!

*(Va a la puerta del fondo, abre la mirilla y mira. Luego se vuelve con el rostro radiante)*

PATRICIA.—¿Quién es?

EL PITUSO.—¿Quién va a ser? El Jefe, que viene por su dinero...

PATRICIA.—¡Oh!

EL PITUSO.—*(Bajo. Muy confidencial)* Vamos... Póngase en pie, que le gusta que le respeten.

*(Mateo y Patricia, sugestionados, se ponen en pie. El Pituso abre la puerta de la escalera. Y en el rellano aparece don Alberto de Mendigurría. Un señor. Todo un señor, de edad bastante avanzada. Viste correctísimamente. Usa bastón. Lleva el sombrero puesto. Sin entrar todavía, se queda un instante bajo el dintel. Se asoma precavido, mira aquí y allí. Mira a El Pituso, interrogante)*

EL JEFE.—¿Tienen armas?

EL PITUSO.—¡Nada! *(Mostrándole a Mateo con un ademán)* ¡Trabaja a cuerpo limpio!

EL JEFE.—*(Incrédulo)* ¡No!

EL PITUSO.—¡Que sí! ¡Que es un mirlo, jefe! ¡Un mirlo!

EL JEFE.—¡Hijo mío! *(Se queda mirando a Mateo de un modo tiernísimo. Luego avanza hacia él, pleno de efusión)* ¡Venga usted a mis brazos...!

MATEO.—*(Ruborizadísimo)* ¡Caballero!

EL JEFE.—¡Apriete! ¡Apriete!

MATEO.—¡Je!

EL JEFE.—Nada, hijo, nada. Ni una palabra, ni una explicación. Entre nosotros... *(Y con mucho desparpajo y gentileza se vuelve a Patricia y sonrío)* Mi querida señora... Discúlpeme si permanezco cubierto en su presencia. Pero, la verdad, no estoy decoroso y tengo complejo. ¡Je!

*(Se descubre un instante y muestra su cabeza rodeada por una gran venda. Patricia, Mateo y El Pituso acuden solícitos)*

PATRICIA.—¡Oh! ¿Le duele?

MATEO.—¿Le duele?

EL PITUSO.—¿Le duele, jefe?

EL JEFE.—*(Sonriendo bondadosamente)* Nada, hijos míos... Tranquilícense. Es, apenas, un rasguño. El golpe, claro. ¡Ah! Esos automovilistas son un peligro público. Yo siempre lo he dicho. No se respetan las leyes del tráfico. No se cumplen las ordenanzas. En resumen, se actúa al margen de la ley. ¿Y qué se puede esperar cuando se actúa al margen de la ley? El caos. La catástrofe. ¡Ah! Es muy difícil gobernar este país nuestro. Muy difícil. La nueva generación...

EL PITUSO.—*(Entusiasmado)* Cómo le chifla la cuestión social...

PATRICIA.—¡Ay, Mateo! Este señor habla igual, igual que papá...

*(El Jefe se sienta prosopopéyicamente en el sillón)*

EL JEFE.—¡Caramba! Estoy cansado... Es natural. Mucho trote. Hace tres días estaba en París. Una semana antes, en Lisboa. ¡Ay! Demasiado para mis años. Pero ¿qué puedo hacer? En este mundo de hoy, tan revuelto, surgen buenos asuntos en todas partes. Bancos, ferrocarriles, fincas en la Costa Azul<sup>4</sup>... De todo. Mis viejos socios me llaman. Necesitan un cerebro... Y yo acudo. ¡Como tengo esta afición! *(De pronto, muy contento)* Porque me gusta, ¿eh? Vaya si me gusta. Ya ven ustedes. Este pequeño asunto del milloncito de pesetas lo he hecho simplemente por afición... ¡Je!

*(Patricia, sin dejar de mirar a El Jefe, muy impresionada, habla bajito al oído de Mateo)*

PATRICIA.—Debe ser riquísimo...

MATEO.—*(Como ella)* ¡Figúrate! Bancos, ferrocarriles...

*(Mientras, El Jefe pasea, en torno, una amplia mirada, muy satisfecho)*

---

4 *Costa Azul*: zona del litoral mediterráneo en el sureste francés, uno de los centros mundiales del turismo de alta categoría. Alberga localidades como Montecarlo, el principado de Mónaco y Cannes y ha sido uno de los destinos favoritos de la aristocracia y la alta burguesía europeas.

EL JEFE.—¡Pituso! Me gusta esta casa. Una casa tranquila, una casa honrada. Pobre, eso sí. Pero con esa pobreza digna que uno respeta y admira tanto... ¡Ah, hijos míos! Es muy hermoso ser pobre. Muy hermoso. Pobre fue siempre Castilla, ¿y quién ha igualado la grandeza de Castilla? *(A Mateo, muy interesado)* ¿Es usted de Valladolid?

MATEO.—*(Modestamente)* No, señor. Soy de Monforte...

EL JEFE.—¡Qué lástima! *(Transición)* ¡Pituso!

EL PITUSO.—¡Jefe!

EL JEFE.—*(Elegantemente)* Me tomaría un whisky.

*(El Pituso se vuelve, rápido, a Mateo, y a Patricia)*

EL PITUSO.—¡Vamos! ¿Qué hacen ahí, pasmados? ¿No han oído? ¡Un whisky para El Jefe!

PATRICIA.—¿Whisky? Pero si no tenemos más que un poco de anís del que sobró en Nochebuena...

EL PITUSO.—*(Desconsoladísimo)* ¡Maldita sea...! ¡Maestro! No tienen whisky...

EL JEFE.—*(Generosamente)* Deja, Pituso, deja...

EL PITUSO.—*(Con todo fervor)* ¿Está usted cómodo, jefe?

EL JEFE.—Sí, hijo...

EL PITUSO.—Pero ¿de veras, de veras...?

EL JEFE.—Que sí, que sí...

MATEO.—*(Admiradísimo)* ¡Hay que ver! Cómo le quiere...

EL JEFE.—¡Je! Este Pituso...

EL PITUSO.—¡Huy! *(Mirando a El Jefe con arrobo, con una inmensa ternura)* ¡Y cómo no voy a quererle! Si no sé qué hubiera sido de mí sin él. A lo mejor, a estas horas, era notario...

EL JEFE.—*(Sonriendo, muy halagado)* Calla, calla, adulador... ¡Je! Gran chico, este Pituso. De lo que no queda. Porque, amigos míos, la juventud de ahora... Yo no sé adónde vamos a parar. Francamente, estoy asustado. Cuando recibo carta de mis hijos, que estudian en Inglaterra, me digo a mí mismo: no, en mis tiempos no éramos así...

PATRICIA.—¿No lo dije? Como papá...

EL PITUSO.—*(Embelesado)* Es un pensador...

MATEO.—*(Admiradísimo)* ¡Qué hombre!

*(De pronto, El Jefe mira en torno, y con otro tono, sin poderse contener)*

EL JEFE.—Bueno. ¿Dónde está el millón?

*(Un imperceptible silencio. El Jefe se queda mirando a Mateo)*

MATEO.—¡Je! ¡Señor Mendigurría! ¿Puedo hacerle una pregunta?

EL JEFE.—*(Magnánimo)* A ver...

MATEO.—¿Cómo ha ganado usted este millón de pesetas?

*(El Jefe y El Pituso se ponen en pie, como impulsados por un resorte)*

EL PITUSO.—¡¡Arrea!!

*(Un silencio. El Jefe y El Pituso se miran atónitos)*

EL JEFE.—¡Cuerno! ¿Precisamente este millón?

MATEO.—¡Sí!

EL JEFE.—Pero hombre... ¿Y por qué tiene usted esa curiosidad?

MATEO.—Es muy sencillo. Porque usted es uno de esos hombres que saben ganar dinero. Uno de esos hombres que entran en el banco todas las mañanas, dominándolo todo, arrollándolo todo, con una sonrisa firme, seguros de sí mismos. De vez en cuando, alguno me dice: «Hola, Martínez...» ¡Je! nada más. Yo soy de los otros, de los inútiles, de los que no saben. Esta noche he intentado por primera vez en mi vida un golpe de audacia... Y ya ve. Cuando me creía dueño de un millón de pesetas, llega usted y se lo lleva. Porque es suyo, claro... ¡Je! *(Se calla un instante. El Jefe le está mirando atentísimo)* ¡Señor Mendigurría! Yo creo que los hombres como usted tienen un secreto. Y estoy seguro de que si yo conociera ese secreto mi vida cambiaría. ¡Vamos! Dígamelo... ¿Cuál es su secreto?

*(El Jefe y El Pituso se miran)*

EL JEFE.—¡Caramba! ¿Has oído, Pituso?

EL PITUSO.—*(Casi conmovido)* Es un mirlo...

*(El Jefe mira a Mateo, suspira, mueve la cabeza candorosamente. Y más paternal que nunca)*

EL JEFE.—Hijo mío... Pero si no hay secreto.



MATEO.—¿De veras?

EL JEFE.—Hombre... Yo creo que no. Mire usted. Yo hice mi primer negocio cuando tenía diez años... En el colegio. Le cambié a otro niño su bicicleta por un lapicerito rojo... Así, ni más ni menos. Aquel día descubrí dos cosas muy importantes: que yo era muy listo y que había niños muy tontos. Luego, fui creciendo y seguí cambiando lapiceritos por bicicletas. Cuando pasaron los años me di cuenta de que a los hombres es mucho más fácil engañarles que a los niños. Y seguí llevándome las bicicletas. Pero ya ni siquiera daba por ellas el lapicerito... Nada, no daba nada. ¡Je!

*(Se calla. En su rostro hay una beatífica sonrisa. Mateo le está mirando absorto)*

MATEO.—¿Nada?

EL JEFE.—Nada...

MATEO.—Entonces, ¿este millón...?

EL JEFE.—*(Muy mundano)* ¡Hombre! Este millón es otra bicicleta...

MATEO.—¿Solo eso?

EL JEFE.—*(Casi divertido)* Bueno... Los detalles no tienen importancia.

*(Mateo le mira. Luego vuelve sobre sí mismo)*

MATEO.—¿Tú has oído, Patricia? Ni siquiera tiene un secreto. Y, sin embargo, bicicletas, bicicletas, bicicletas... *(En un arranque de rabia)* Es para volverse loco...

PATRICIA.—Mateo...

*(El Jefe se pone en pie. Y con un tono muy tajante, casi con un fruncimiento de cejas)*

EL JEFE.—Bueno. Yo creo que ya hemos hablado bastante... *(Ordenando)* ¡Pituso!

EL PITUSO.—¡Jefe!

EL JEFE.—¡A la calle! Para un taxi... Salimos de viaje esta misma noche.

EL PITUSO.—¡Volando!

*(Y a toda prisa, va al fondo, abre la puerta y sale. La puerta queda entornada. El Jefe clava los ojos en Mateo)*

EL JEFE.—¿Quiere usted darme mi dinero?

PATRICIA.—Dáselo, Mateo... ¿Qué esperas?

MATEO.—Claro...

*(Muy despacio, se pone en pie. Da un paso... Pero la puerta entornada de la escalera se abre de un soberano empujón, y surge en escena El Pituso, como un cohete. Está muy asustado...)*

EL PITUSO.—¡Jefe! ¡Escóndase! A prisa...

EL JEFE.—¿Cómo?

EL PITUSO.—¡Que viene!

EL JEFE.—¿Quién?

EL PITUSO.—¿Quién va a ser? ¡Jefe! ¡No se haga el loco! ¡Que viene! Y viene bueno. Está dando gritos en el portal.

EL JEFE.—*(Molestísimo)* ¡Qué mala educación! *(Muy apurado)* ¿Dónde me escondo?

EL PITUSO.—¡Donde sea! ¡Rápido! ¡Que no hay tiempo! ¡Aquí! ¡En el armario!

EL JEFE.—¿En el armario? *(Con repugnancia)* ¡Qué feo!

EL PITUSO.—*(Desesperado)* ¡Y dale!

*(El Jefe se vuelve a Mateo casi ceremonioso)*

EL JEFE.—En fin... ¿Usted me permite?

MATEO.—¡Oh! Aquí tenemos mucha costumbre...

EL PITUSO.—¡Hala! ¡Hala!

EL JEFE.—Pero muchacho...

EL PITUSO.—¡¡Hala!!

*(El Pituso, que previamente ha abierto el armario, mete a El Jefe casi a empujones y luego entra él, presurosísimo. Cierra. Quedan solos Mateo y Patricia, que han presenciado muy asombrados toda la escena anterior... Ahora se miran absortos)*

PATRICIA.—¡Mateo!

MATEO.—¡Patricia!

PATRICIA.—Esto no me gusta nada... Aquí hay gato encerrado.

MATEO.—¿Tú crees?

PATRICIA.—¡Mateo! Tengo una sospecha. ¡Ay, qué sospecha tengo!

*(El timbre de la puerta de entrada comienza a sonar desesperadamente. Al mismo tiempo, alguien sacude unos*

*vigorosos puñetazos sobre la puerta. Y se oye una voz rotundamente masculina que grita)*

UNA VOZ.—(*Dentro*) ¡Abran! ¡Abran!!

MATEO.—(*Impresionadísimo*) ¡Caray!

UNA VOZ.—(*Dentro*) ¡Abran!!

MATEO.—¿Qué hacemos?

PATRICIA.—¡Ay! ¡Ay, Mateo!

UNA VOZ.—(*Dentro*) ¡He dicho que abran! ¡He dicho que abran! ¡Que tiro la puerta!

*(En medio de timbres y golpes, surge Purita de la alcoba, que cruza hacia la cocina)*

PURITA.—¡Santísima Virgen de los Desamparados! ¡Apládate de nosotros, pecadores! ¡Vete, Federico!! ¡Vete, Satanás!

*(Entra en la cocina)*

UNA VOZ.—(*Dentro*) ¡Abran! ¡Abran de una vez!!

*(Todavía se oye a Purita que implora en el interior de la cocina)*

PURITA.—(*Dentro*) ¡Dios te salve, María, llena eres de gracia...!

PATRICIA.—(*Nerviosísima*) ¡Mateo! ¡O abres tú o abro yo...! ¡No puedo más!!

MATEO.—Bueno. Abriré...

*(Mateo va al fondo y abre. Y en el rellano aparece Juanita. Una muchacha muy bonita, muy bien vestida. Muy sonriente. Es, como se verá enseguida, de una frivolidad inaudita. Ante el estupor de Mateo y Patricia, entra muy decidida... Y tranquilísima)*

JUANITA.—Hola. ¿Qué tal?

MATEO.—(*Estupefacto*) ¡Señorita! ¿Era usted quien daba esas voces?

JUANITA.—(*Muy divertida*) No... Qué va. Era Roberto. Ha bajado otra vez al portal a preguntar no sé qué. El pobre está como loco... (*Descubre a Patricia y se pone muy contenta*) ¡Ay! Una mujer. Lo que me alegra que haya una mujer en esta casa... Porque, ¿sabe qué le digo? Que ya está una muy harta de estar siempre entre hombres solos. Se ponen de un bestia... ¡Oiga! Me llamo Juanita. Soy bailarina. Bailo moderno y bailo clásico. ¿Y usted qué baila?

PATRICIA.—(*Dignísima*) ¡Ah, no! Yo no bailo nada...

JUANITA.—¡Pumba! (*Extrañadísima*) ¿Y cómo se las arregla?

(*Ante la puerta, que dejó abierta Juanita, aparece Roberto. Un hombre joven. Bien vestido. Desenvuelto. Viene furioso, como despidiendo chispas... Entra. Cierra de un portazo*)

ROBERTO.—¿Dónde está? ¿Dónde está, que lo mato?

(*Una rápida mirada alrededor. Y sin esperar respuesta, con un empuje enorme, entra y desaparece por la puerta del comedor. Mateo se queda de una pieza*)

MATEO.—¡Oiga! ¿Adónde va?

(*Entra tras él. Quedan en escena Patricia y Juanita. Esta, tan campante*)

JUANITA.—Ande, déjelos. ¡Que se maten! Mejor. Así hablamos nosotras de nuestras cosas...

PATRICIA.—(*Inquietísima*) ¿De qué cosas?

JUANITA.—¡Ay, chica! Pues de las cosas de la vida...

PATRICIA.—¡Oh!

JUANITA.—(*Muy contenta*) ¿Sabe que me escapé con Roberto?

PATRICIA.—¡Ah! ¿Sí?

JUANITA.—¡Digo! Mañana, por la mañana, ¡pumba! en París...

PATRICIA.—¿Y quién es Roberto?

JUANITA.—¡Toma! Pues ese que está tan enfadado... (*Muy romántica*) ¡Ay! Cuando yo me vea en París paseando en una barca por el Támesis...

(*Surge Roberto del comedor. Y sin detenerse un instante, completamente decidido, entra en la alcoba*)

ROBERTO.—Tiene que estar, tiene que estar...

(*Aparece Mateo siguiéndole*)

MATEO.—Pero, hombre... ¡Espere!

*(Desaparecen los dos. Juanita sigue hablando a Patricia del modo más natural)*

JUANITA.—Pues, sí, señora, me escapo y me escapo. Pero por lo decente, ¿eh? Que yo no soy una cualquiera. Si me escapo con Roberto es porque me deja mi madre...

*(Aparece Roberto, seguido, como siempre, por Mateo. Cruzan en dirección a la cocina)*

ROBERTO.—¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido...?

MATEO.—¡Oiga! Estese quieto...

PATRICIA.—¡Mateo! Sujeta a ese hombre...

MATEO.—Pero si no puedo...

*(Mateo y Roberto entran en la cocina)*

JUANITA.—¡Hala! No se meta. Que los hombres son muy brutos. Y si una se mete, siempre se lleva algún sopapo. Mire, mire esta señal que me hicieron en Barcelona...

*(Dentro, en la cocina, se oye un grito desgarrador de Purita)*

PURITA.—*(Dentro)* ¡Ayyy...! ¡Socorro! *(Por la cocina irrumpe Purita, que cruza como una exhalación hacia la puerta de la escalera)* ¡Socorro! ¡Socorro! ¡¡Ave María Purísima!!

PATRICIA.—¡Purita! ¿Adónde vas?

PURITA.—¡Señora! Me voy a pasar la noche en la portería...

PATRICIA.—¡Oh!

PURITA.—No puedo más. La casa está embrujada. Veo aparecidos por todas partes. Ahora mismo, a usted, la veo doble. No veo una. Veo dos. Buenas noches. ¡Ave María Purísima! ¡Vete, Satanás!

*(Abre la puerta de la escalera. Sale y vuelve a cerrar)*

JUANITA.—*(Asombradísima)* ¡¡Pumba!!

PATRICIA.—¡Ay, ay, ay!

*(Aparece Roberto en la puerta de la cocina)*

JUANITA.—Mira, Bobby, estate quieto de una vez... Y dame fuego.

ROBERTO.—(*Desabrido*) ¡Déjame en paz!

JUANITA.—(*Complacida*) ¡Qué burro es!

PATRICIA.—(*Con verdadera desesperación*) ¡Basta!

JUANITA.—¡Ay, chica!

PATRICIA.—(*Gritando*) ¡Mateo! (*Aparece Mateo por la cocina*) ¡No puedo más!  
¿Quién es este hombre que entra en mi casa y revuelve todo? ¿Quién es esta descarada?

JUANITA.—Oiga, oiga...

ROBERTO.—Calla. (*Se vuelve hacia Patricia*) ¡Señora! Me llamo Roberto del Valle... Soy abogado.

JUANITA.—(*Muy suya*) ¡Y perito agrícola! ¡Y campeón de pesca submarina! Para que se enteren, ea...

ROBERTO.—¡Que te calles!

JUANITA.—¡Animal!

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío!

ROBERTO.—¡Señora! No sé cómo pedirle que me perdone... Estoy deshecho. Tengo los nervios destrozados. Vine aquí en busca de algo muy importante para mí. Pero ya veo que he llegado tarde. Y me voy... (*Ya está con la mano puesta en el picaporte de la puerta. Pero antes de abrir se detiene un instante*) Pero antes, por favor, contéstenme ustedes a una sola pregunta. ¿Hace mucho que salió de aquí Mendigurría? (*Se queda mirando intensamente a Patricia y a Mateo*) Porque ha estado aquí... Lo sé. Di sus señas a la portera y me aseguré que había subido a este piso.

MATEO.—¡Caramba! Pero ¿por qué busca usted a Mendigurría con tanto interés?

ROBERTO.—¿Que por qué? (*Bruscamente, como crispado por un tremendo coraje*) ¡Porque me ha robado un millón de pesetas!

(*Patricia y Mateo, alteradísimos, casi pegan un grito*)

LOS DOS.—¿Cómo?

MATEO.—¿Que le ha robado un millón?

ROBERTO.—¡Sí!

(*Patricia y Mateo se miran. Y casi en un grito, al unísono*)

MATEO.—¡Patricia!

PATRICIA.—¡Mateo! Me lo figuraba. Te digo que me lo figuraba...

MATEO.—¡El millón no era suyo!

ROBERTO.—(*Con desesperación*) ¡No! Era mío... ¡Me lo ha robado a mí!

(*Patricia y Mateo, los dos a la vez, como respondiendo a la misma idea, se vuelven airados al armario*)

MATEO.—¡Ah, miserable!

PATRICIA.—¡Sinvergüenza!

MATEO.—¡Embustero!

PATRICIA.—¡Farsante! Ahora comprendo lo de los bancos y los trenes y las fincas en la Costa Azul... Deben ser atracos.

MATEO.—¡Claro! Conque bicicletas, bicicletas y bicicletas, ¿eh? ¡Ah, bandido!

JUANITA.—(*Muy familiarmente*) ¡Qué tío! ¿Verdad, chica?

PATRICIA.—(*Rabiosísima*) ¡A mí no me llame chica!

ROBERTO.—Cállate. Juanita, cállate...

JUANITA.—¡Ay, muñeco! Es que si no hablo se me seca la boca...

ROBERTO.—¡Que te calles!

JUANITA.—¡Pumba!

(*Mateo va derecho hacia Roberto*)

MATEO.—¡Oiga! Y usted no se va, ¿eh? Porque ahora mismo nos lo va usted a contar todo...

PATRICIA.—¡Ay, sí! Todo, todo... (*Patricia y Mateo toman a Roberto cada uno de un brazo y lo conducen hasta el sillón*) Siéntese...

ROBERTO.—¡Señora! ¿Tanto les interesa a ustedes?

MATEO.—¿Que si nos interesa? Pero hombre...

PATRICIA.—Una barbaridad...

MATEO.—¡Vamos! ¿Me quiere usted explicar cómo se ha dejado usted robar un millón de pesetas?

(*Roberto baja la cabeza y aprieta los puños abrumadoramente humillado*)

ROBERTO.—Como un niño...

PATRICIA.—¡Ay, Mateo! Se lo ha cambiado por un lapicerito...

MATEO.—¡Qué caso!

ROBERTO.—Da vergüenza contarlo. Mire. Desde hace tiempo, yo tengo la idea de marchar al extranjero. Sueño con emprender otra vida lejos de aquí, ¿comprende? Tengo ambiciones, quiero luchar. Si no me fui antes es porque

no tenía dinero. Pero al fin, con mucho esfuerzo, con infinitas angustias, yo había conseguido ese millón de pesetas... (*Transición*) Hace unos días, casi por casualidad, conocí a Mendigurría...

MATEO.—¿Dónde?

ROBERTO.—En el Juzgado...

MATEO.—¡Claro! Estaría detenido...

ROBERTO.—¡Ca! Es que le habían quitado el reloj...

MATEO.—¡Qué bárbaro!

ROBERTO.—(*Dolorosamente*) ¿Querrá usted creer que hasta me pareció un hombre honrado?

MATEO.—¡Claro! Como es tan chapado a la antigua...

ROBERTO.—(*Con un suspiro*) Tiene unas ideas... (*Transición*) Desde entonces, no sé por qué, pero nos encontrábamos en todas partes. En la calle, en el café, en medio de la Gran Vía... Mendigurría era mi sombra. Charlábamos. Nos hicimos grandes amigos. Le dije que estaba a punto de marchar a París. Se puso contentísimo. Y me pidió que le llevara conmigo en mi coche, porque en París tenía que resolver unos cuantos asuntos. Yo acepté encantado. ¡Me era tan simpático! En resumen, fijamos la tarde de hoy para emprender el viaje. A las siete todo estaba listo. En el coche llevaba yo el millón de pesetas en un saquito... (*Se calla. Vuelve la cabeza y mira de reojo a Juanita*) También me llevaba a Juanita...

JUANITA.—(*Sentimental*) ¡Ay, sí! Di que nos conocimos hace dos meses en «El pato japonés»...

PATRICIA.—(*Extrañadísima*) ¿Qué es eso?

JUANITA.—(*Ponderativa*) ¡Huy! Pues un cabaret de lo más fino... Aristocracia y flamencos. Nada más.

ROBERTO.—Cállate. ¿Quieres? (*La mira. Luego mira a Mateo. Casi con rubor, como disculpándose*) Bueno. Usted, ya sabe. Las mujeres nunca son como parecen. Juanita, en la intimidad, es otra cosa...

JUANITA.—(*Orgullosísima*) ¡A ver! Todos dicen que tengo mucho «sex-appeal»...

PATRICIA.—(*Estremeciéndose*) ¡Qué horror! Dice que lo dicen todos...

MATEO.—¡Je!

ROBERTO.—(*Después de un profundo suspiro*) El caso es que esta tarde, Mendigurría, Juanita y yo emprendimos la marcha. Todo iba bien. Pero al llegar a la Cuesta de las Perdices, Juanita dijo que tenía sed y tuvimos que parar en un bar<sup>5</sup>... (*Transición. Se dirige a Juanita, irritadísimo*) ¡Maldita sea tu sombra!

5 Cuesta de las Perdices: tramo de la Carretera de la Coruña entre Puerta de Hierro y el Hipódromo de la Zarzuela; zona próxima, pues, a la Puerta de Hierro, donde se produjo el accidente en el que Mateo se



JUANITA.—¡Ay, hijo! Yo tenía la boca seca...

ROBERTO.—Nosotros entramos en el bar y Mendigurría se quedó en el coche esperando... (*Baja la cabeza. Humilladísimo*) Y ya pueden figurarse. Cuando volvimos, Mendigurría había desaparecido con el millón...

MATEO.—(*Muy impresionado*) ¿De veras?

ROBERTO.—¡Sí!

MATEO.—Pero así, tan sencillamente.

ROBERTO.—Así...

MATEO.—¡Qué granuja! Por eso dice que no tiene secreto...

PATRICIA.—Pero infeliz, ¿cómo pudo usted confiar en un hombre semejante?

ROBERTO.—¡Señora! Parecía tan de derechas...

PATRICIA.—¡Ay! Eso es verdad...

ROBERTO.—Creí que me volvía loco... Durante no sé cuánto tiempo recorrí aquellas carreteras de los alrededores. Todo fue inútil. No comprenderé nunca cómo pudo escapar tan a prisa un hombre de sus años. Volvimos a Madrid. Yo tenía unas señas tuyas. Pero resultó que eran falsas... De aquel domicilio había desaparecido hacía mucho tiempo. Allí mismo me indicaron otra dirección. Luego otra, después otra... La locura. Por lo visto tiene varios domicilios. Tiene hasta una oficina en la Gran Vía... Al fin, después de mucho indagar, suplicar y amenazar aquí y allá, en un piso de la calle de la Madera encontré a su mujer haciendo las maletas... Le eché las manos al cuello y la hubiera estrangulado si no confiesa que Mendigurría acababa de salir hacia aquí... (*Suspira hondamente*) Esta es la historia... ¡Ah! Y para que todo sea aún más horrible, como estaba tan ciego, tan desesperado, en la carretera de Puerta de Hierro atropellé a un pobre hombre que iba paseando...

(*Patricia y Mateo, alteradísimos, se ponen en pie a un tiempo.  
Mateo casi grita*)

MATEO.—¡Mendigurría!!

ROBERTO.—(*Atónito*) ¡No!

MATEO.—¡Que sí...!

ROBERTO.—¿Cómo? ¿Era Mendigurría...?

MATEO.—¡El mismo...!!

PATRICIA.—¡Ay, ay, ay!

---

hizo con el millón.

ROBERTO.—(*Anhelante*) ¿Y lo he matado?

MATEO.—¡Quia! Está tan fresco...

ROBERTO.—¡Oh!

PATRICIA.—¡Ay, Mateo!

ROBERTO.—(*Desesperado*) Pero, entonces, lo he tenido en mis manos y lo he dejado escapar...

JUANITA.—¡Pumba! Te has lucido, chato...

ROBERTO.—(*Furioso*) ¡No me llames chato! ¡No me llames chato!

*(Y va hacia ella como un energúmeno)*

MATEO.—(*Secándose el sudor*) ¡Ay, Patricia! Y pensar que he estado a punto de devolverle a ese sinvergüenza el millón de pesetas...

*(Roberto, que iba hacia Juanita, al oír a Mateo se detiene en seco. Y se queda inmóvil)*

ROBERTO.—¿Cómo? (*Un silencio*) ¿Qué ha dicho?

MATEO.—¡Je!

*(Otro silencio. Mateo baja la cabeza ante la penetrante mirada de Roberto)*

ROBERTO.—Pero, entonces, el millón lo tiene usted... (*Tiene el alma en los ojos. Con una súplica infinita, con una enorme angustia*) No, no... No pregunto nada. No quiero saber nada. No me importa. Pero deme ese dinero. Por Dios, démelo que es mío...

*(Un silencio. Pero se abre rápidamente la puerta del armario y asoma El Jefe)*

EL JEFE.—¡Alto! No nos precipitemos...

TODOS.—¿Eh?

*(Un revuelo. Roberto, furioso, intenta avanzar hacia Mendigurría)*

ROBERTO.—¿Cómo? Pero ¿estaba ahí? ¡Lo mato!

MATEO.—¡Quieto!

ROBERTO.—¡Déjeme...!

MATEO.—¡No!

EL JEFE.—(*Francamente molesto*) Pero hombre... Me ha atropellado usted con su automóvil. Ha estado usted a punto de estrangular a mi esposa. Y todavía no está contento. Hijo... Usted es que tiene algo contra mí.

ROBERTO.—(*A punto de enloquecer*) ¿Qué? ¿Qué ha dicho? Lo mato. Esta vez no se me escapa...

MATEO.—¡¡No!!

PATRICIA.—¡Ay, Mateo!

(*Mientras, El Jefe, muy sosegado, desciende del armario, seguido de El Pituso. Y Juanita pega un chillido*)

JUANITA.—¡Ayyy...! ¡«El Pituso»!

(*El Pituso se revuelve enfurecido*)

EL PITUSO.—¡Calla tú! ¡Idiota! ¡Atontada! ¿No se te dijo que no le dejaras volver? ¿No se te dijo que le llevaras a París pasara lo que pasara?

JUANITA.—¡Ay, hijo! Es que se puso muy bestia...

(*Roberto se queda como si recibiera un mazazo. Casi sin voz*)

ROBERTO.—¿Qué? (*Un silencio. Todos le miran*) Pero, entonces, ¿tú estabas de acuerdo con ellos para robarme?

JUANITA.—¡Ay, chato! A mí no me preguntes...

ROBERTO.—Ahora comprendo. Pero Juanita... Tú ¿por qué has hecho eso? Pero si todo era por ti... Solo por ti. (*Se desploma en una silla, junto a la mesa. Esconde la cara entre las manos*) Todo. Todo por ti...

(*Silencio. El Jefe mueve piadosamente la cabeza*)

EL JEFE.—¡Ah, la juventud, la juventud!

(*Patricia se revuelve irridadísima*)

PATRICIA.—¡A callar!

EL JEFE.—¡Señora!

PATRICIA.—¡Sinvergüenza! ¡Granuja! ¡Atracador!

EL JEFE.—*(Muy dolido)* ¡Señora! Me permito recordarle que hace unos minutos yo era para usted el vivo retrato de su papá...

PATRICIA.—*(Horrorizada)* ¡Ay! No me lo recuerde, no me lo recuerde...

*(Timbre en la puerta. Todos miran al fondo sobresaltados. Los que están sentados, excepto Roberto, se ponen en pie. Un silencio)*

JUANITA.—¡Ay!

*(El Jefe mira a El Pituso. Patricia mira a Mateo)*

EL JEFE.—¡Pituso!

PATRICIA.—¡Mateo!

*(Se callan. Se miran. De pronto, El Pituso, muy decidido, va hasta la puerta. Abre la mirilla, aplica un ojo y mira. Y vuelve muy resuelto)*

EL PITUSO.—¡Jefe! ¡Al armario!

EL JEFE.—¿Otra vez?

EL PITUSO.—¡Sí! Y aprisa.

EL JEFE.—*(Disgustadísimo)* ¡Pituso! Estas situaciones no me gustan. Le hacen perder a uno la dignidad...

EL PITUSO.—¡Jefe! No me largue un discurso ahora, maldita sea. ¡Al armario!

EL JEFE.—*(Resignado)* Bien, bien. Si te empeñas... *(Volviéndose a los otros, muy cortés)* Con el permiso de ustedes...

EL PITUSO.—¡¡Hala!!

EL JEFE.—¡Oh!

*(Entran los dos en el armario. Cierran. En escena, Patricia, Juanita, Mateo y Roberto. Una ligerísima pausa. Inesperadamente, Juanita corre hasta la puerta. Con mucho cuidadito abre la mirilla y mira. Cuando vuelve el rostro tiene pintada en el semblante la más viva inquietud)*

JUANITA.—¡Hala! Ahora sí que estamos en un lío...

*(Y muy ligerita, cruza la escena y entra en la alcoba. Patricia y Mateo, que están juntos a la izquierda, se miran intrigadísimos)*

PATRICIA.—*(Muy bajito)* ¡Mateo!

MATEO.—¡Je!

*(Roberto, que ha seguido con la mirada la huida de Juanita, reflexiona un instante. Súbitamente mira a la puerta. Va. Como los otros, abre la mirilla y fisga el exterior. Rápidamente se vuelve, muy preocupado)*

ROBERTO.—Por favor... ¿Puedo esconderme?

MATEO.—¿Usted también?

ROBERTO.—Después hablaremos... Pero, ahora, permítanme que me esconda. ¡Ah!  
Y no le digan a nadie que estoy aquí.

*(Decididamente, entra en la cocina. Quedan en escena Patricia y Mateo, mirándose atónitos)*

MATEO.—¡Patricia! Pero ¿tú has visto?

PATRICIA.—¡Ay, Mateo! ¿Quién hay ahí?

*(Los dos tienen los ojos puestos en la puerta. De pronto, Patricia, sin poderse contener, va a prisa al fondo y abre... Y en el rellano aparece Carolina. Una dama admirablemente vestida)*

MATEO.—¡Ah!

CAROLINA.—Buenas noches...

MATEO.—Buenas noches...

*(Hay un segundo de indecisión en la recién llegada)*

CAROLINA.—Naturalmente, ustedes no me conocen...

MATEO.—*(Muy decidido)* Bueno. Pero eso no tiene importancia... ¿A ti te importa, Patricia?

PATRICIA.—¡Oh! Ya... Nada. De verdad.

MATEO.—Pues a mí tampoco. Pase, pase y siéntese...

CAROLINA.—Gracias. *(Avanza. Despacio, en silencio, se sientan los tres en torno a la mesa. Carolina parece dominada por una gran confusión, que disimula con esfuerzo)* Si ustedes supieran qué difícil es empezar...

MATEO.—¡Señora! Por nosotros, no se preocupe. Esta noche ya no nos asombra nada... *(Muy mundano. Casi bromista)* Mientras no nos diga usted que le han robado un millón de pesetas... ¿Verdad, Patricia?

CAROLINA.—*(Con sobresalto)* ¿Cómo? Repita eso...

MATEO.—*(Divertidísimo)* Digo que mientras no nos diga usted...

*(Carolina le interrumpe)*

CAROLINA.—Pero si es eso lo que vengo a decirles...

*(Patricia y Mateo se ponen en pie, sofocando un grito)*

LOS DOS.—¿Qué...?

MATEO.—¿Que le han robado?

CAROLINA.—¡Sí!

MATEO.—¿Un millón?

CAROLINA.—¡Sí!

MATEO.—*(Trastornadísimo)* Bueno. Pero esto es increíble...

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío!

MATEO.—Pero ¿cómo le han robado?

*(Carolina baja la cabeza. Calla. Se le rompe la voz en un sollozo)*

CAROLINA.—De la manera más ruin y más miserable... *(Un silencio)* Era mi amante...

MATEO.—¡Ah!

PATRICIA.—Su amante...

*(Patricia y Mateo se vuelven despacio hacia la puerta de la cocina)*

CAROLINA.—Le conocí algún tiempo después de morir mi marido... Entonces, Marita, mi hija, era todavía una niña, y yo estaba tan sola. Necesitaba querer a alguien, ¿comprende? Y le quise a él. Por eso, porque le quería, soporté todo: sus mentiras, sus caprichos, sus exigencias... Le daba todo lo que me pedía. Para retenerle, ¿sabe? Cuando me amenazaba con dejarme, yo me volvía loca. *(Se calla. Baja la cabeza)* Es horrible hablar así. Es como quedarse desnuda... Pero no tengo más remedio. ¿Qué puedo hacer? Hace unos días me dijo que necesitaba un millón de pesetas para emprender un negocio

fabuloso... Yo me negué. Pero insistió tanto, tanto... Otra vez me amenazó con abandonarme si no le daba ese dinero. Y, como siempre, se lo di... Una locura. Ayer comprobé que sus negocios son una pura mentira. La verdad es que está en relaciones con otra mujer y quiere irse con ella al extranjero. Para eso quería mi dinero... *(Un silencio)* ¡No soportaré que se burle de mí! ¡Quiero que me devuelva lo que me ha robado con mentiras! Mi abogado dice que he sido víctima de una estafa... No sé si ustedes son amigos suyos o no. Pero sí sé que en este momento está aquí, con ella. Mi chófer los ha seguido durante toda la tarde. Su coche está en la calle. ¡Por Dios! No me lo oculten. ¡Ayúdenme! Es preciso que me devuelva ese dinero...

*(Un sollozo. Mateo se vuelve otra vez hacia la puerta de la cocina. Cierra los puños y da un paso)*

MATEO.—¡Santo Dios! Entonces la verdadera dueña del millón de pesetas es usted. Y ese canalla...

*(Bajo el dintel de la puerta de la cocina aparece Roberto. Muy tranquilo, muy sereno. Parece otro hombre)*

ROBERTO.—No se precipite, amigo...

CAROLINA.—¡Roberto!

*(Roberto, sin mirarla, como si no hubiera oído, continúa dirigiéndose a Mateo)*

ROBERTO.—No juzgue tan de prisa. No se dispare. La vida no es una película de buenos y malos... Es más sencilla. Por lo general, todos somos malos. *(Dirige una despectiva mirada a Carolina)* ¿Ve usted esa mujer que llora? ¿Ve usted esa pobre víctima de un malvado? Pues, ya ve, casi, casi es peor que yo... *(Un silencio)* El dinero que me dio no era suyo...

CAROLINA.—*(Impetuosamente)* ¡Cállate...!

ROBERTO.—Era de su hija... Era el porvenir de la niña. Todo lo que tenía. Su marido, antes de morir, le ordenó que nunca, nunca tocara una peseta de ese millón, para entregárselo a la pequeña cuando fuera mayor de edad. Y ya ve. Esa mujer ha despojado a su hija para dármele a mí. Resulta que la víctima, la pobre mujer, también ha robado...

CAROLINA.—Eres un canalla...

PATRICIA.—*(Desolada)* ¡Señora! ¿Es verdad eso?

CAROLINA.—¡Sí!

PATRICIA.—¿Cómo ha podido usted?

CAROLINA.—No lo sé... Estaba loca, loca.

*(Roberto se vuelve a Carolina con una desdeñosa ironía)*

ROBERTO.—¿Por qué no le has dicho todo esto a tu abogado? ¿Por qué no se lo dices a Marita, para que te odie y te desprecie de una vez?

CAROLINA.—Cállate, cállate...

*(Solloza contenidamente. Hay un pequeño silencio. Mateo, en pie, solo, en el centro del escenario, está como abrumado)*

MATEO.—Pero, entonces, Dios mío, nadie está limpio... Todos hemos robado. ¡Todos! *(Mira alrededor, desolado. De pronto, en un arranque)* Entonces, ¿por qué huyen los unos de los otros? ¿Por qué se esconden? Si todos somos iguales. Si podemos mirarnos cara a cara... *(Va al armario y lo abre con una tremenda violencia. Aparecen El Jefe y El Pituso)* ¡Fuera de ahí!!

EL JEFE.—*(Lastimadísimo)* ¡Caballero!

EL PITUSO.—*(Muy escamado)* ¡Jefe! Esto no me gusta nada...

*(Mateo, que se ha plantado ante la puerta de la alcoba, grita dirigiéndose hacia dentro)*

MATEO.—¡Salga usted también!

*(Aparece Juanita)*

JUANITA.—¡Vaya! Ya sabía yo que la llegada de la viejita iba a traer jaleo...

CAROLINA.—¡Oh! Esa mujer...

MATEO.—¡Así! Así debe ser... Todos frente a frente. Todos somos gente de la misma clase. Todos somos ladrones...

EL JEFE.—*(Asqueado)* ¡Qué lenguaje!

MATEO.—¡Todos! ¡Usted le ha robado ese millón de pesetas a su propia hija. Usted se lo ha robado a esa mujer fingiendo que la quería. Usted se lo ha robado a ese hombre engañándole. Y yo se lo he robado a usted porque le creía muerto. Porque ¡que lo sepan los que todavía no lo saben! Yo también soy un ladrón. Todos somos ladrones. Grandes ladrones, estupendos ladrones,



los mejores ladrones del mundo. Usted es una mala madre. Usted es un miserable. Usted es un fresco...

EL JEFE.—(*Francamente dolido*) ¡Hombre! Eso es faltar...

MATEO.—Y yo era un pobre diablo desesperado... (*En una transición. Encarándose con todos. Con una indomable resolución*) ¡Pero se acabó! Aquí termina esta hermosa cadena de robos... (*Con toda su alma*) ¡Patricia! ¡Abre esa puerta!

PATRICIA.—(*Asustada*) ¡Mateo! ¿Qué vas a hacer?

MATEO.—¡Te digo que abras! (*Patricia abre la puerta de la escalera. Todos miran con ansiedad a Mateo. Este, dirigiéndose a todos*) ¡Fuera...!!

TODOS.—¿Eh?

MATEO.—¡Todos a la calle!

(*Un revuelo. Todos se agitan*)

JUANITA.—¡Ay!

ROBERTO.—¡Oiga!

EL JEFE.—(*Aterrado*) ¡Pituso! ¡Que nos echa!

EL PITUSO.—(*Escamadísimo*) ¡Ay, jefe, que nos la juega! ¡Ay, que este se queda con el millón!

ROBERTO.—¿Qué intenta usted? ¿Se ha vuelto loco? Ese dinero es mío. Esa mujer me lo dio de buen grado. Si ahora ha reaccionado de esta manera estúpida es porque está loca de celos...

JUANITA.—(*Orgullosísima*) ¡Toma! Porque una es joven...

ROBERTO.—¡Tú te callas! ¡Golfá!

JUANITA.—¡Arre...!

CAROLINA.—¡Oh! ¡Qué vergüenza!

MATEO.—(*Lleno de coraje*) ¿Es que no me han oído? He dicho que se vayan...

ROBERTO.—¡No! ¡No puede usted hacer esto!

MATEO.—Puedo hacer lo que quiera... Y ninguno de ustedes puede hacer nada contra mí. Todos tienen que callar. Todos han robado el mismo millón. ¿No comprenden? ¿No comprenden todavía que están perdidos? ¿No se dan cuenta de que he ganado yo porque tengo el dinero entre mis manos?

PATRICIA.—(*Asustada*) ¡Mateo! ¡Por Dios...!

MATEO.—¡Déjame! (*Está en pie, en primer término, a la izquierda. Patricia, a su lado. Él habla para ella, pero mirando siempre a los demás*) Esta noche he aprendido mucho, Patricia. Yo no sabía vivir. La vida no es como yo la entendía. Los que viven son ellos. Los que luchan a puñetazos y mordiscos. ¡Míralos! Ahí están. No los conocíamos, ¿verdad? Cuántas veces habremos pasado junto a ellos, junto a muchos como ellos, en medio de la calle. Ahora

ya no me engañarán. Ya sé cómo son. Ahora ya, entre miles, sabría distinguir a los estafadores, a los ambiciosos sin entrañas, a una mala mujer de otra mala mujer... Y yo, ¡pobre de mí!, que pasaba sobre toda esa basura, por encima de toda esa porquería ignorándola. ¡Pobre Mateo! Ahora veo que mi bondad no era ni siquiera bondad. Era ignorancia. Una bondad que no vale nada... *(Transición)* Pero tú lo verás... Desde hoy voy a ser otro. Uno más en la lucha. Uno como ellos, te lo juro. Tan ruin, tan ambicioso, tan sin entrañas como ellos. Yo no tengo la culpa... La vida es así. Y tú no sabes, Patricia, con qué furia, con qué coraje voy a luchar... *(Con rudeza, casi con rencor)* ¡Fuera de aquí todos!! ¡Vamos!

*(En todos hay un fugaz instante de indecisión. Carolina baja la cabeza y, ahogando un sollozo, sale por el fondo como huyendo, como escapada. Desaparece en la escalera. Un nuevo y apenas perceptible silencio. Roberto mira a Mateo fijamente... En voz baja)*

ROBERTO.—¿Está usted decidido?

MATEO.—¿No lo ve?

ROBERTO.—*(Se calla)* Le juro que se acordará de mí...

*(Y sale. El Jefe mira a un lado y a otro preocupadísimo)*

EL JEFE.—Pero Pituso... ¿De veras nos tenemos que marchar?

EL PITUSO.—¡Jefe! ¡Que no estamos para sutilezas!

EL JEFE.—Bien. Entonces... *(Con la mayor dignidad marcha hacia la puerta. Y una vez allí, se vuelve dispuesto a enhebrar un buen párrafo)* Hijos míos...

MATEO.—¡Largo!!

EL JEFE.—Bien. Ya me voy... *(Se va. Pero vuelve)* Pero sepa usted, caballero, que entre nosotros, en un caso así, siempre llegamos a un arreglo... Buenas noches.

*(Y sale definitivamente, lleno de majestad. El Pituso se queda mirando a Mateo de arriba abajo)*

EL PITUSO.—¡Maldita sea! Y yo que le tomé por un aficionado...

*(Sale. Juanita, ya sola, entre Mateo y Patricia, sonrío en la luna)*

JUANITA.—¡Je! Bueno, chicos, tanto gusto. De madrugada, siempre estoy en «El pato japonés»... *(Va hacia la puerta, llamando)* ¡Espera, Pituso! Mira, si quieres que hagamos las paces...

*(Sale. Desaparece. Su voz se pierde en la escalera. Quedan solos Mateo y Patricia)*

MATEO.—*(Vivamente)* ¡Vamos! No hay que perder un minuto. Haz una maleta con lo más indispensable... Date prisa.

PATRICIA.—¿Nos vamos?

MATEO.—¡Sí!

PATRICIA.—Pero ¿adónde?

MATEO.—Qué importa. Donde nadie nos conozca. Da igual un sitio que otro. Ahora el millón de pesetas es mío para siempre y nadie puede arrebatármelo... Míralo.

*(Alza el paño que rodea la mesa camilla y del interior extrae el saquito que contiene el millón de pesetas y que depositó allí al comienzo del acto primero. Lo levanta gozosamente. Luego lo arroja en el suelo. El saquito cae entre él y Patricia, en el centro, ante el sillón. Patricia, involuntariamente, retrocede un paso)*

PATRICIA.—¡Dios mío! Estaba ahí...

MATEO.—¡Sí! Ahí estaba. Y todos, alrededor, luchando por él. Pero he triunfado yo. ¡Yo! Es mío. *(Transición. Revolviéndose irritado)* ¡Vamos! ¿Qué esperas? ¿No te he dicho que aprisa, aprisa?

PATRICIA.—*(Vacilando)* Mateo...

MATEO.—¿Qué?

PATRICIA.—*(Un silencio)* Nada...

*(Entra en la alcoba. Queda Mateo solo. Baja la cabeza y sus ojos se encuentran con el saquito tirado en el suelo, a sus pies. Lo mira intensamente. Se arrodilla para recogerlo. Despacio, muy despacio, lo toma entre sus manos. Lo mira. Sonríe... La puerta de la escalera, que desde la salida de Juanita ha quedado entreabierta, se abre como si alguien la empujara suavemente. Y en el rellano de la escalera aparece Marita. Una chiquilla de unos catorce años. Uniforme de colegio. Sombrerito. Zapatos de tacón bajo. Mateo está todavía de rodillas en el suelo...)*

MARITA.—¡Oiga! ¿Se le ha perdido a usted algo?

MATEO.—¿Cómo?

*(Y se pone en pie casi de un brinco. Marita sonrío)*

MARITA.—Buenas noches.

MATEO.—Buenas noches.

*(Un silencio. Marita, que desde la puerta lo está curioseando todo, tiene de pronto una exclamación de júbilo)*

MARITA.—¡Ay! Pero si tienen piano... *(Y entra corriendo y se planta ante Mateo)*

¡Oiga! ¿Me deja que toque el «Volaré»?<sup>6</sup>

MATEO.—¿Ahora?

MARITA.—¿Me deja? ¿De veras que me deja? Pues entonces, toco el «Volaré» y luego las czardas de Monty, que me las sé<sup>7</sup>...

*(Y con toda decisión se monta, como a caballo, en el taburete giratorio que hay ante el piano y empieza a tocar con muchísima alegría. Mateo la contempla con la boca abierta. Por la alcoba, aparece Patricia)*

PATRICIA.—¿Qué pasa? ¡Ah!

*(Marita deja de tocar y se queda mirando a Patricia muy risueña)*

MARITA.—Hola.

PATRICIA.—Hola...

MARITA.—Yo soy Marita, ¿Sabe?

PATRICIA.—¡Marita!

MARITA.—Estaba esperando a mamá abajo, en el coche...

PATRICIA.—¡Ah!

6 *Volaré*: nombre popular de la canción “Nel blu dipinto di blu”, de gran éxito internacional en la época en que se estrenó esta comedia. Con ella, el cantante italiano Domenico Modugno ganó el Festival de San Remo en 1958 y representó a Eurovisión en ese mismo año. Años después, aún ha conocido versiones de distintos artistas.

7 *Czardas* o *csárdá*: baile tradicional húngaro, que han utilizado varios compositores; destaca por su popularidad el italiano Vittorio Monti (1868-1922).

MARITA.—Mamá dice que se ha dejado aquí una cosa que es mía. Y que ustedes me la devolverán. Pero no me quiere decir lo que es... *(Patricia y Mateo se miran en silencio. La chiquilla mira al uno y al otro. Luego, muy sonriente, a Patricia)* ¡Oiga! Usted es guapa, ¿eh?

PATRICIA.—¿De veras?

MARITA.—¡Huy!

PATRICIA.—Tú también eres guapa, Marita...

MARITA.—¡Ay! ¡Qué va! Una es muy poquita cosa. Lo que pasa es que tengo estilo... *(Y tan tranquila, se sienta en el sofá. Y al sentarse, estira una pierna y le pega un puntapié al saquito)* ¡Ay! ¿Qué es eso?

*(Silencio. Los tres están mirando al saquito)*

PATRICIA.—*(Muy bajo)* Nada...

MARITA.—¡Ah, bueno! *(Marita se rodea las rodillas con las manos. Mira a uno y a otro)* ¡Oiga! ¿A que este señor es su marido?

PATRICIA.—¡Claro!

MARITA.—Pues tiene cara de bueno...

MATEO.—¿Quién? ¿Yo?

MARITA.—¡Vaya! Tengo yo un ojo para los hombres... *(Transición)* Bueno. Ya sé lo que pasa. Que ustedes no tienen nada que devolverme. Que mamá se ha confundido. Que se lo habrá dejado en otro lado y que vaya usted a saber... ¡Pobre mamá! Siempre lo confunde todo. La pobrecita, desde que murió papá, está de un raro... A veces, cuando vuelvo del colegio, entro en su cuarto y la encuentro llorando y llorando. Y nunca me quiere decir por qué. Dice que me lo dirá cuando sea mayor. Por eso tengo ganas de ser mayor. Para que mamá me diga por qué llora. *(Una transición. Sonríe)* Bueno. Y por los chicos también... Ya se sabe. *(Se pone en pie)* ¡Vaya! Ya me voy. Le dirá a mamá que aquí no se ha dejado nada mío... *(Va hacia Patricia)* ¡Señora! ¿Me da usted un beso?

PATRICIA.—*(Muy bajo)* Sí.

*(Marita la besa)*

MARITA.—¡Adiós! *(Llega hasta Mateo. Titubea un poco. Pero, al fin, se abalanza a él, y con un ademán muy infantil, le besa en una mejilla)* ¡Buenas noches!

*(Echa a correr. Sale. Mateo, después de que la chiquilla ha desaparecido, se queda con los ojos clavados en la puerta.)*

*La puerta está ahora completamente abierta. Luego mira angustiosamente el saquito abandonado en el suelo. Está a punto de echarse a llorar. Casi se escapa un gemido de su pecho. Patricia, inmóvil, le mira anhelante. Y de pronto, de la garganta de Mateo brota un grito irreprímible)*

MATEO.—¡Marita! (Con toda su alma. Con alegría, con dolor, con una tremenda angustia) ¡Marita!

*(Surge Marita en el rellano)*

MARITA.—¿Me llaman?

MATEO.—Toma eso... Es tuyo.

MARITA.—¿Eso...?

MATEO.—¡Llévatelo! ¡¡Aprisa!!

*(Marita le mira. Luego, se inclina muy despacito sobre el saquito y lo toma)*

MARITA.—¿Qué es esto?

MATEO.—¡No lo abras! Pero llévatelo, llévatelo... Y vete, Marita, por Dios.

MARITA.—Bueno... Ya me voy.

*(Corre hacia la puerta. Desde allí se vuelve y mira a Mateo muy risueña. A Patricia)*

MARITA.—¿Verdad que es bueno?

PATRICIA.—Sí, Marita... Muy bueno.

MARITA.—¡Buenas noches!

*(Y escapa corriendo. Desaparece. Mateo, roto, deshecho, desesperado, casi sollozando, se desploma en el sillón)*

MATEO.—¡Oh! No he podido... ¡No he podido!

*(Patricia va hasta él y se arroja de rodillas en el suelo)*

PATRICIA.—¡Mateo!

MATEO.—Perdóname, Patricia...

PATRICIA.—¿Qué me dices? Pero si lo estaba deseando...

MATEO.—¡Perdóname! Otra vez la pobreza, las deudas, la desesperación... Y para siempre, para siempre.

PATRICIA.—¡No importa! ¡Quiero nuestra pobreza! ¡Quiero nuestra desesperación! ¡Quiero nuestra miseria! Pero quiero nuestra paz. ¡Nuestra libertad!

MATEO.—Patricia...

PATRICIA.—Esta noche hemos estado locos los dos. ¿Cómo ha podido pasar lo que ha pasado? Cuando tú llegaste y me dijiste que habías robado un millón de pesetas, ¿qué sucedió, Dios mío, dentro de cada uno de nosotros?

MATEO.—¡Pobres de nosotros! Era la felicidad. Eran todos los sueños al alcance de la mano. Era todo, todo.

PATRICIA.—¡Calla! Ya pasó. Y no pasará más. *(Se pone en pie. Tiene los ojos brillantes por las lágrimas)* ¡Dios mío! Pero si después de todo no somos tan pobres... Estamos juntos. Y somos libres. ¡Libres! ¡Y podemos abrir la ventana! *(Va al fondo y abre la ventana de par en par)* ¡Mateo! Hubiera sido horrible vivir toda la vida con la ventana cerrada... *(De cara al exterior, alza el rostro)* ¡Qué hermosa noche! Todo el cielo está lleno de estrellas...

*(Sonríe. Mientras, Mateo, se ha levantado del sillón, y despacio, muy despacio, como si estuviera muy cansado, da unos pasos en dirección a la puerta de la alcoba. A medio camino se detiene. Levanta los ojos del suelo. Mira a un lado y a otro. En un segundo, siente todo su enorme desamparo. Se estremece como si tuviera frío. Contiene un sollozo. Y volviéndose a Patricia, llama como si pidiera socorro)*

MATEO.—¡Patricia!

PATRICIA.—¡Mateo!

MATEO.—¡¡Quiéreme!!

PATRICIA.—Pero Mateo...

MATEO.—¡Quiéreme, Patricia! No tengo nada, nada... No tengo más que tu cariño. ¡Quiéreme! ¡Por Dios! ¡Quiéreme!

*(Patricia corre y se arroja en sus brazos)*

PATRICIA.—¿Qué dices? Mi vida, cariño, amor mío. ¡Pero si te quiero con toda mi alma! Y ahora más que nunca. ¡Mi Mateo! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

*(Mateo la estrecha desesperadamente entre sus brazos, con un anhelo infinito)*

MATEO.—¡Quiéreme! ¡Quiéreme! ¡Quiéreme!

TELÓN







COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**